BIBLIOTECA NACIONAL

Revista de Aragón

Noviembre 1903. Año IV

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Sección de Arte

ARTE MODERNO

El caso "Zuloaga,,

Lamento, con toda mi alma, que las tristes enseñanzas de la vida hayan puesto en esta pluma, que manejo por vicio, ciertos frenos, reñidos siempre con la sinceridad, por muy frágiles que sean. Quisiera que hoy vibrasen de indignación mis palabras, que á través de ellas se notaran todos las sacudidas de mis nervios, y el recio latir de mi protesta. Maldigo, una vez más, las convenciones sociales que crean hábitos de falsedad ó de mansedumbre. ¡Qué hermoso sería decir todo lo que se siente, y decirlo con la misma rudeza que tiene allí, en el fondo de nuestro pensamiento!

* * *

Los últimos triunfos de Ignacio Zuloaga, en casi toda Europa, me habían hecho concebir la esperanza de que algún crítico, con autoridad bastante, ó algún artista ilustre levantaría su voz para pregonar en España la fama que nuestro compatriota ha conquistado en el extranjero. Grande fué el desencanto al ver que corrían los meses y el silencio continuaba, á penas interrumpido por el rumor vago de ciertos telegramas, que nos traían ecos de homenajes consagrados al pintor español.

Vino algo así como la suprema sanción del héroe, con la noticia de habérsele otorgado el premio de honor en el concurso in-

© Biblioteca Nacional de España

ternacional de Venecia, y prosiguió el silencio, huraño, desapacible, ingrato, vestidura ruín de la envidia, de la ceguedad y de la ignorancia: tres vicios que aniquilan á nuestro arte contemporáneo y lo hacen raquítico y desmedrado.

De esta manera va completando la España de los artistas aquella gran vergüenza que en su nombre inició el jurado español de la última exposición de París, desechando un cuadro de Zuloaga, honra y vanagloria, más tarde, del museo de Bruselas.

Como esa justa y autorizada reivindicación del gran artista moderno, tarda demasiado en llegar, tenemos que intervenir los humildes, los ignorados, los que tan sólo contamos en nuestra hoja de servicios un fervor inextinguible por el arte patrio y una voluntad digna de más sólido fundamento.

Nadie puede tacharnos de audaces por esta defensa en la cual nos acompañan reputaciones europeas. En cambio los que calificaron á Zuloaga de mamarrachista, los que lo arrojaron á latigazos del templo del arte, los que callaron luego sus triunfos indiscutibles, ésos tienen que sufrir ahora nuestro desprecio. No se extrañen pues de que su prestigio se haya quebrantado grandemente; ellos mismos dieron motivo para que se pusiera en duda su suficiencia. Ya no se trata de irreflexivos ataques propios de gente moza contra los viejos que cierran el paso á toda innovación; es algo más grave, un rotundo mentís dado á la autoridad académica de artistas, cuya ignorancia ó cuya soberbia los desacreditó para siempre.

* * *

El presente error, no ha sido el único, ni el más manifiesto, de cuantos han cometido los señores que monopolizan nuestro arte y nuestro juicio. Puede asegurarse que todos los artistas jóvenes de valía, viéronse obligados á sufrir la indiferencia ó el despego de jurados cuyos nombres en son de mofa traspasarán las fronteras. Y la explicación es sencilla: todo aquel que intentaba afianzar su personalidad ensayando nuevas formas estéticas, rompiendo con las formas cristalizadas de un arte viejo, ya sin sustancia, caía en la desgracia de aquellos hombres sesudos, que no conciben otro mundo distinto del que ellos ven con sus ojos viciados por el prejuicio y la falsilla. Así, Gonzalo Bilbao, que ha logrado llevar la vida misma á sus cuadros, envuelta en raudales de espléndida luz, vióse un día humillado por los doctores que *no comprendían* la verdad de sus obras. A regañadientes se han ido admitiendo los cuadros de Rusiñol cuando éste había obtenido en

© Biblioteca Nacional de España

todas partes aplausos á granel; sólo á última hora se le juzgó digno de una recompensa secundaria por sus hermosos jardines, modelos de poética sencillez, de admirable ingenuidad, de asombrosa justeza en la forma. Mir, quizá el más valiente y más colorista de nuestros pintores contemporáneos, no ha logrado todavía que se le admita en la infranqueable comunión de los elegidos. Es verdad que su temperamento no se doblega con facilidad á las exigencias de un academismo que no reconoce más Dios que Haës; por eso perdió las últimas oposiciones que hizo á los plazas de pensionado en Roma; por eso no debió haberlas hecho; por eso insignificantes medianías diéronse el tono de haberlo vencido. Mir, lleno de ira, rompió á puntapiés el magnífico paisaje que había pintado para aquel concurso. No digamos nada de Ramón Casas el dibujante sin rival, el que ha encontrado fórmulas de una sencillez que desconcierta, para interpretar el natural con maravillosa exactitud; también pasó sus amarguras con un cuadro que constituye preciada gala del museo moderno y también tuvo que rendirse ante la estúpida intransigencia de los maestros. Algo más inaudito le ocurre á Regoyos y con él á otros muchos artistas modernos.

Entretanto los del campo opuesto, aquellos que se criaron en la tibia atmósfera de los invernaderos oficiales, los que siguieron cómodamente la vía trillada y fácil, recibían toda clase de recompensas y plácemes por sus obras. Centenares de cuadros insípidos han llenado exposiciones y museos durante años y años hasta que se ha caído en la cuenta de que estábamos siempre en el mismo sitio sin avanzar un solo paso, mientras el arte, por esos mundos, iba sufriendo radicales transformaciones en pos de un ideal más fecundo y verdadero que el nuestro.

Se escandalizarían muchos de mis lectores si fuera citando la lista interminable de pintores y escultores, en España famosísimos, y cuyos nombre no merecen el menor respeto de los extraños. Aun causaría asombro más grande reproducir los juicios de ilustres críticos sobre la sección española de la Exposición de París y sobre la que se verificó hace poco tiempo en Guildhall. Las frases menos agrias que nos dedicaron constituían un soberano desprecio hacia la moderna pintura española que ha perdido, según decían, toda la fuerza y grandeza que tuvo en otros tiempos.

Este ha sido el resultado de una falsa dirección, impuesta por los de arriba, con feroz absolutismo, con la tiranía bárbara del cacicato que impera en España sobre todas las cosas. De este

© Biblioteca Nacional de España

modo producen ridículos engendros esas academias estragadas cuyos maestros jamás debieron serlo, y tiran el dinero los gobiernos, amontonando en los nuevos museos cuadros y más cuadros valorados muchas veces por sus tamaños.

***

Es hora ya de que cese el reinado de los peores. Poco á poco irá convenciéndose el público inteligente, y aun el gran público, de que no es oro todo lo que reluce, de que esos *maestrazos* que cobran 16.000 duros por un retrato, tienen mucho que aprender si quieren hacer inmortal su nombre.

Zuloaga les enseñará á estudiar la Naturaleza con viva fuerza de penetración, á no dejarse llevar de mañas habilidosas ni escamoteos de circo, á expresar franca y sinceramente aquello que fué bien sentido y observado.

Zuolaga también es una prueba viviente de la estupidez que caracteriza á nuestra pedagogía artística. Por ser un rebelde, por huir de las enseñanzas académicas, por despreciar las advertencias sensatas de los que tienen experiencia, se vió un día menospreciado por los dómines, lo cual ya es un honor, y más tarde recibiéronlo con palmas los más grandes artistas del mundo.

Zuloaga no ha sido discípulo de nadie, ni ha frecuentado academia alguna, ni siquiera es catedrático de cualquier escuela vergonzante. El solo cultivó sus aficiones, y adorando á los clásicos y observando el natural con propio estilo, logró todo lo que es dable conseguir á un artista.

Los que conocen únicamente á Ignacio Zuloaga por las reproducciones, que de sus cuadros han hecho revistas extranjeras, lo tienen por un sencillo copista de Goya y así es cosa corriente negar la personalidad artística del discutido pintor. No puede haber juicio más equivocado: en primer término, Zuloaga no saborearía hoy envidiables triunfos, ni serían sus cuadros diputados por obras maestras, si no tuvieran otro mérito que el de la imitación; además viendo cualquiera de los originales se aprecia inmediatamente lo erróneo del supuesto. Jamás Zuloaga deja correr su mano con febril impulso, como lo hizo Goya en multitud de ocasiones; Zuloaga no confía nada en el azar, es seguro, reposado, firme, su pincelada será menos genial que la del artista aragonés, pero nunca desvaría ni se aparta de la realidad. Tampoco en el color se parecen nada estos dos pintores, pues si las tonalidades grises fueron el secreto de Goya, las tintas de Zuloa-

© Biblioteca Nacional de España

ga tienen todas una intensidad viva y á veces agria. Fácil es adivinar en la ejecución de Goya su carácter arrebatado y nervioso; Zuloaga en cambio construye, cuando pinta, con amplios toques, cuyo proceso cabe seguir momento por momento.

Análogo estudio comparativo podría hacerse entre Velázquez y Zuloaga, y entre éste y el Greco, para destruir las preocupaciones que reinan y demostrar su escaso fundamento. Tan solo quedaría en pie cierta identidad entre los tipos que sirvieron de modelos á los clásicos aquellos, y los que reproduce Zuloaga, pero ese parecido está en el natural, en la raza y en el carácter que con tal acierto ha sabido estudiar el moderno artista. En cuanto á la composición también existen analogías, pero nacidas de que Zuloaga, como todos los pintores fieles, como Goya, Velázquez y el Greco, no compone, sino que se limita á sorprender los grupos y actitudes tal como los vé, sin falsearlos con risibles añadidos de su cosecha; es realista y considera que no cabe enmendar la plana á la Naturaleza.

En suma, véanse los cuadros de Zuloaga, estúdiense con el detenimiento á que es acreedor un artista eminente y ésta será la mejor demostración de sus excelencias. Yo desafío al más enemigo de las innovaciones á que reniegue del artista, si es que puede, una vez que se haya fijado bien en sus obras.

Ignacio Zuloaga es español por su nacimiento y por sus producciones. Es preciso que aquí se le estudie y se le admire y ninguna ocasión más propicia que el certamen del año que viene para que España acoja con cariño y entusiasmo al hijo que vuelve honrado y glorioso de extranjeras tierras.

Servirán además sus admirables obras, de contraste maravilloso para apreciar lo que hay de falso y ruin en los mismos que se atrevieron á calificar de incapaz á Zuloaga, con baldón y mengua de la cultura española. Los viejos ídolos deben caer para siempre hundidos por el peso de su misma soberbia.

Cuando nuestras afirmaciones puedan ser comprobadas con los ejemplos á la vista, insistiremos sobre Zuloaga y sus obras, tema que ofrece excepcional interés. Por hoy limitémonos á saludar al hombre que pasea triunfante por toda Europa el arte español contemporáneo.

J. Valenzuela La Rosa.

© Biblioteca Nacional de España

Sección de Filosofía

Bosquejo de un Diccionario técnico

de Filosofía y Teología musulmanas

(CONTINUACIÓN)

II

Supuesto que voz *técnica* es aquella que se usa *convencionalmente* por los que profesan un arte ó ciencia para significar objetos, hechos ó ideas propios de esa ciencia ó arte, ocurre al primer golpe de vista creer que el tecnicismo de una ciencia cualquiera, v.gr. de la filosofía ó teología musulmanas, se podrá investigar estudiando tan sólo *uno cualquiera* de los filósofos ó teólogos del islam, pues es de suponer que este escritor usará los términos técnicos *convencionalmente* empleados por todos los demás.

Esta creencia es una ilusión que la realidad se encarga de disipar. El lenguaje técnico, lo mismo que el vulgar, no es una colección de signos fijos é invariables de las ideas, algo así como fósiles insensibles á todo influjo del medio que los rodea; antes por el contrario, deben ser concebidas las voces como algo muy vivo y muy mudable que evoluciona sin cesar, así en la forma como en la idea, obedeciendo á la ley de la concurrencia vital con otras formas é ideas, y á la de la adaptación al medio

© Biblioteca Nacional de España

étnico, físico y psicológico. Ya Müller empleó en esclarecimiento de este hecho, por lo que atañe á la fonética y morfología de las lenguas, aquel sugestivo símil en que compara las voces á los guijarros poliédricos cuyas afiladas aristas vanse desgastando lentamente por los mútuos choques á que les obliga el ímpetu incontrastable de la corriente fluvial que acaba por convertirlos en cantos rodados. Y aunque menos visible, no es menos cierto este mismo fenómeno de la evolución de las lenguas, en cuanto á su semántica ó significado, ya que la vida de las ideas es mucho más rica y fecunda que la de sus formas, como más espiritual y espontánea.

Y en efecto, contrayéndonos á nuestro objeto, fácil sería evidenciar cómo ha ido evolucionando y alterándose el sentido de las voces técnicas de la filosofía y teología musulmanas, así durante los varios períodos de su historia como en los distintos países del islam, ya dentro de las diferentes escuelas, sectas y sistemas, ya, en fin, hasta en las obras de cada uno de sus principales maestros.

Por lo que toca á las alteraciones del primer orden que hemos insinuado y que pudiera denominarse cronológico, los mismos árabes se dieron cuenta de su importancia. Algazel, por ejemplo, advirtió ya sagazmente en su *Ihía* (1) los neologismos de sentido que en su siglo se habían introducido en la tecnología científica. Allí nota que الفقه cuyo significado en los primeros tiempos del islam era el de *ciencia ascética*, según lo evidencian numerosos pasajes alcoránicos, adquirió en su tiempo el sentido de *ciencia jurídica práctica;* que la voz العلم, empleada en los primeros siglos como sinónima de *teología dogmática*, pasó á significar en su siglo *la ciencia polémica ó escolástica;* que el término التوحيد, cuya significación primitiva fué *la unificación de Dios*, es decir, la negación del politeísmo y del antropomorfismo, se aplicó posteriormente á designar la *ciencia teológica*, y hasta alguna secta heterodoxa, la de los motáziles, tuvo la audacia de decorarse con el mote de أهل التوحيد; que el título de الحكيم, aplicado en un principio al *moralista*, se extendió más tarde al *médico*, al *astrónomo* y hasta al *poeta*; y que la palabra التذكير, sinónima, en el Alcorán y en las tradiciones del profeta, de

(1) *Ihía*, edic. del Cairo (año 1312 H.), tomo I, pág. 24-29, capítulo titulado بيان ما بدل من الفاظ العلوم.

© Biblioteca Nacional de España

الذكر بالله (oración, mental ó vocal, atenta y devota), se aplicó por los predicadores de su época á otros varios sentidos que Algazel reduce á cuatro: 1.° القصص, conferencias morales dadas en las mezquitas intercalando en la plática algunos *cuentos* y ejemplos no siempre útiles para la vida espiritual; 2.° الاشعار, *poesías* místicas en las cuales se abusaba del estilo erótico, siendo así piedra de escándalo para el vulgo, incapaz de su interpretación alegórica; 3.° الشطح, frases heréticas, impías ó incoherentes en que prorrumpían los sufíes al caer en la inconsciencia del éxtasis místico; 4.° الطامات, el abuso del sentido acomodaticio de los textos sagrados.

No fué tan notable la alteración semántica impuesta al tecnicismo por el medio geográfico: las ciencias árabes, aun las menos relacionadas con la religión, dejáronse influir predominantemente por ésta en tal grado, que toda otra influencia, v. gr. la nacional ó regional, fué siempre secundaria y casi nula. Sin embargo, algunos términos podrían citarse con significado bastante distinto en el oriente y en el occidente; Almacari nota [1] que en España الفقيه significó un rango social análogo al del القاضي en oriente; en cambio parece que en el oriente, en ciertas épocas, vino á ser sinónimo de الطالب, es decir, de simple estudiante, así de Derecho como de otras ciencias.

Pero la mayor causa de diferenciación fué sin duda alguna la variedad de sectas, escuelas y sistemas: á distinta manera de concebir una ciencia, á diversos métodos de investigación y á diferentes soluciones dadas á los problemas, tenía por fuerza que responder tecnología especial ó, por lo menos, privativas acepciones de los términos ya existentes. Y así, en efecto, ocurrió: en la mayoría de los casos, axaríes y motáziles, peripatéticos y sufíes discreparon notablemente por su tecnicismo. Y nada digamos de las escuelas jurídicas ortodoxas, cuyas diferencias en la doctrina y en el léxico fueron bastantes á hacer surgir una ciencia especial, denominada por ello علم الخلاف.

Véase, si no, cómo difieren en su significación los siguientes vocablos técnicos, según que eran empleados por secuaces de uno ú otro sistema.

---

(1) Edic. Leyden, I, 186.

© Biblioteca Nacional de España

La palabra النفس fué usada por los peripatéticos musulmanes casi siempre en el sentido de ἡ ψυχή en Aristóteles, es decir, como la define éste en su libro II.° *De Anima*, capítulo 1.°: [1] Ἡ ψυχη ἐστιν ἐντελέχεια ἡ πρώτη σώματος φυσικοῦ ὀργανικοῦ δυνάμει ζωὴν ἔχοντος. En efecto, esta definición fué servilmente copiada por los filósofos musulmanes en estos términos: [2] النفس كمال اول لجسم طبيعى الى ذى حيوة بالقوة, [3] que vienen á significar que el alma es la entelequia del cuerpo, algo así como el sujeto común de todas las energías del cuerpo orgánico, apto para la vida. En cambio los sufíes, según el testimonio de Algazel [4], emplearon la misma voz en el sentido bien restringido de la ἡ ὄρεξις de Aristóteles y de Plotino, es decir, el apetito sensitivo de los escolásticos, en su doble forma *concupiscible* (الشهوة=ἡ ἐπιθυμία) *ó irascible* (الغضب=ὁ θυμός, ἡ χολή), ó sea la raíz y fuente de las pasiones, el *animus* de los latinos.

La palabra الجوهر, que los árabes tomaron de la persa گوهر, significó en el lenguaje vulgar [5] «lo que de útil y precioso encierra cualquier objeto», y por extensión «las piedras preciosas» (una vez libres de su grosera costra) y «las perlas» (fuera ya de su concha). Los peripatéticos musulmanes, al tener que expresar en árabe la voz técnica ἡ οὐσία de la Metafísica de Aristóteles, observaron que, significando esta voz la esencia intrínseca de los seres, lo que los constituye necesariamente, el sujeto y soporte de todos sus accidentes y atributos, se acomodaba muy bien al sentido trópico de la voz árabe الجوهر y la emplearon ya en esta acepción técnica de *substancia (sub-stare*=lo que sustenta á los accidentes). No se le ocultó esta evolución del término الجوهر á la sagacidad de nuestro Averroes [6]. En cambio

---

(1) *Aristotelis opera omnia*, Edic. Didot, III, 441.

(2) Vide *Dict. of the technic.* etc. de Sprenger, pág. 1400.

(3) A su vez, nuestros escolásticos hicieron de la definición árabe otro calco no menos servil: "Anima est actus primus corporis physici organici habentis in potentia vitam,,. (*Comment. D. Thom. in libros De Anima*, edic. de Lovaina, pág. 74 y 76).

(4) *Ihia*, III. 3. النفس المعنى الجامع لقوة الغضب والشهوة فى الانسان وهذا الاستعمال هو الغالب على اهل التصوف.

(5) *Dic. de El Xartuni*, Beirut, bajo جوهر.

(6) En su كتاب ما بعد الطبيعة editado en el Cairo (el año 1900, aunque sin fecha) por Mustafá Elcabaní de Damasco, pág. 7, línea 7.ª inferior, dice así:

وهذا الاسم عند متقلسفين هو ايضا منقولا من الجوهر عند الجمهور

© Biblioteca Nacional de España

los motacálimes, partidarios del sistema atómico de Leucipo y Demócrito para la explicación de los primeros principios de los cuerpos, emplearon la misma voz الجوهر, ya sola, ya acompañada del atributo المفرد para traducir el término griego ὁ ἄτομος *parte indivisible* (ἄ–τομος=الجزو الذى لم يتجزا)[1].

La palabra الكسب ó الاكتساب fué empleada por los peripatéticos musulmanes y aun por todas las escuelas filosóficas, teológicas y místicas, para significar *la ciencia adquirida* mediante la especulación racional (العلم النظرى) ó sea como opuesta á la ciencia infusa de los místicos y á la ciencia de los primeros principios que tampoco exige esfuerzo personal. En cambio, los motacálimes axaríes dieron á esta voz un sentido especialísimo y aplicado á otro orden: para resolver el nudo teológico entre el dogma de la omnipotencia de Dios, causa universalísima y eficacísima, y el hecho innegable de la causalidad humana, adoptaron una opinión templada que evitase la exageración del fatalismo absoluto (الجبر) de los *chabaríes* y la exageración del liberalismo absoluto (القدر المطلق) de los *cadríes* y *motáziles*; esta opinión intermedia consiste en pensar que el acto humano es efecto del poder de Dios por creación (بالاحداث) y del poder ó voluntad humana por *adquisición* (بالاكتساب), es decir, por concurso, pero no simultáneo, sino subsiguiente á la causalidad divina. Vino pues esta voz á equivaler entre los

---

وهو الحجارة التى يغالون فى اثمانها ويجد الشبه بين هذين الاسمين ان هذه لما كانت انما سميت جواهر بالاضافة الى سائر المقتنيات لشرفها ونفاستها عندهم وكانت ايضا مقولة الجوهر اشرف المقولات سميت جوهرا

"Y este nombre, para los partidarios de Aristóteles, ha sido también transportado de [la palabra] الجوهر en el [sentido que le da el] vulgo, que es el de *la piedra cuyo valor aprecian en mucho*. Y el modo de semejanza [que existe] entre la dos acepciones [vulgar y técnica] de este nombre [*literalmente:* entre estos dos nombres] es que, como á éstas [piedras preciosas] sólo se les llama جواهر por relación á las otras cosas poseídas, á causa de la nobleza y preciosidad que ellos [los hombres] les otorgan, y como también la categoría de la substancia es la más noble de las categorías, ha sido denominada *piedra preciosa*.."

(1) Ibidem, pág. 7, línea 11 superior.

© Biblioteca Nacional de España

axaríes á la voz القدرة de los motáziles y á la voz الاختيار de los filósofos, que significaron la libertad de albedrío [1].

La palabra التوحيد fué empleada por todos los filósofos y teólogos musulmanes para significar el asentimiento, ya interno ya sólo verbal, prestado por el muslim al primer artículo de la islámica: لا اله الا الله, es decir, la unicidad de Dios, el *monoteísmo*. En cambio los sufíes diéronle además por extensión el matiz especialísimo de «sólo Dios existe propiamente», ya que todos los seres, dependiendo de El en su esencia, en sus atributos y en sus operaciones, tienen solamente existencia participada y causalidad subordinada. Llamaron pues التوحيد al estado psicológico en el cual el místico tiene la *intuición* (المشاهدة) y hasta la *sensación consciente* (الذوق) de que toda esencia, toda propiedad y todo acto se desvanecen y *anonadan* (الفناء), al *identificarse* (الاتحاد = ἡ τελείωσις καὶ ἕνωσις) y *unirse* (الوصول) con la esencia divina, realidad única. En una palabra, التوحيد de los sufíes viene á ser *la intuicion del Uno* (ἡ γνῶσις τοῦ ἑνός) de los neoplatónicos de Alejandría, ó sea el *panteísmo idealista* contemplado en el éxtasis [2].

Y así podríamos sin dificultad ir multiplicando los ejemplos de alteración semántica impuesta al tecnicismo musulmán por las innumerables escuelas del oriente y del occidente.

Es más; como arriba hemos ya insinuado, casi podría asegurarse que aun dentro de una misma escuela la acepción del tecnicismo sería unánime sólo en apariencia, porque es muy difícil que dos hombres coincidan en formarse idéntico concepto de una misma realidad ó que en dos cerebros determine idéntica reacción mental una misma palabra técnica de ciencias superiores al orden físico.

No exageremos, sin embargo, el alcance de este fenómeno psicológico, hasta el extremo de creer que tales diferencias

---

(1) He aquí cómo explica Algazel el origen de este tecnicismo axarí: "De modo que el acto del fuego al quemar es absolutamente *necesario* (جبر محض); el acto de Dios, puramente *libre* (اختيار محض); y el del hombre ocupa un lugar intermedio, es decir, es necesario en cuanto libre. Los teólogos ortodoxos, viendo que este tercer modo de obrar es distinto de los dos anteriores, buscaron un nombre para distinguirlo y, copiándolo del Alcorán, llamáronle *adquisición* (كسب), el cual no se opone contradictoriamente ni á la necesidad ni á la libertad, sino que las concilia á ambas en sí mismo.„ (*Ihia*, IV, 181, línea 8 superior.)

(2) Vide *Ihia* de Algazel, IV, 173.—Item, *Dicc. de Sprenger*, 1468.

© Biblioteca Nacional de España

individuales hicieran del mundo científico del islam una Babel; al contrario: creemos que la inmensa mayoría de los afiliados á una escuela determinada serían fieles en el uso del tecnicismo privativo de su escuela y en la interpretacion de él, sin permitirse jamás audaces neologismos de palabra ni de sentido; y esto, á causa de que el vulgo (que también existe entre los que se llaman filósofos) no ha brillado nunca por la espontaneidad del pensar, ni por la reflexión original y libre de rutinas; el vulgo de una escuela filosófica ó teológica, así en el islam como fuera de él, no hace otra cosa que repetir las fórmulas sacramentales fijadas por los grandes maestros, sin llegar jamás á penetrar su sentido porque no son capaces de colocarse en la misma situación psicológica de aquéllos, ni de apropiarse la labor mental, viva y personalísima, en cuya virtud fraguaron el sistema; por eso son vulgo.

Lo cual quiere decir que las diferencias de tecnicismo, dentro de una misma escuela, quedan reducidas únicamente á las impuestas por aquellos grandes maestros que consiguieron alterar en más ó en menos el sistema, determinando una nueva fase en la evolución del pensamiento musulmán. Así ocurre, para no citar más que un ejemplo, con el tecnicismo del célebre sufí murciano Mohidín, que á causa de su rareza y originalidad hubo menester de un léxico especial y privativo, diverso del de todos los otros místicos musulmanes y que él mismo redactó para hacer sus obras menos ininteligibles [1]. Pero si bien se mira, este carácter de independencia en el uso del tecnicismo sufí, no fué un fenómeno aislado por lo que á Mohidín respecta; al revés: yo creo que los sufíes musulmanes, como todos los místicos, participaron en más ó en menos de la misma libertad y falta de uniformidad en las acepciones técnicas; y es que la ciencia infusa, de que se creen dotados, tiene un carácter tan subjetivo y personal, que los coloca fuera de toda convención y disciplina. Basta para convencerse de ello recorrer las obras místicas de Elcoxairí ó Mohidín: en cada capítulo, antes de exponer el concepto ó definición que al autor merece el término técnico que sirve de epígrafe, se ensartan multitud de definiciones debidas á otros sufíes. Y es que como finamente

---

(1) Se ha editado *at calcem* del كتاب التعريفات de El Chorchaní (edit. supr. cit.) página 177, bajo el título اصطلاحات الصوفية الواردة في الفتوحات المكية

© Biblioteca Nacional de España

observa Algazel [1] «el verdadero sabio diferénciase del sufí en que éste habla de las cosas según á él subjetivamente le afectan y por esto tienen que ser tan diversas entre sí las soluciones dadas por los sufíes á los problemas; en cambio el verdadero sabio es el que percibe la verdad real, como ella es objetivamente, sin considerar su aspecto subjetivo; de aquí que sus soluciones jamás discrepen substancialmente, porque la verdad real es una y eterna. Lo que hay es—añade—que son muchísimos los incapaces de percibir esta verdad real».

Resumiendo: en un diccionario técnico de filosofía y teología musulmanas, será preciso pues consignar, aparte de las alteraciones semánticas impuestas á cada término en las diversas *épocas* y en los diferentes *países* (si es que las ha sufrido), las acepciones especiales que le hayan dado las principales *escuelas* ó sectas y los principales *maestros* de cada una de éstas.

He dicho *las principales escuelas*, porque, si bien es cierto que el ideal á que debe tenderse es el de que un diccionario de esta índole esté inspirado por un criterio histórico y redactado conforme á este mismo método (el cual exigiría por lo tanto no excluir ni una siquiera de las escuelas musulmanas), sin embargo estamos todavía muy lejos de poder pensar en tal *desideratum*, ya porque las sectas en el islam alcanzaron (por influjo de la filosofía y por la falta de un criterio infalible del dogma) un número tan extraordinario que supera al de todas las demás religiones positivas, ya porque la historia detallada y científica del origen, evolución y diferencias que separan á todas estas innumerables escuelas está todavía sin hacer. Existen, es verdad, obras de síntesis, como las *Mélanges* de Munk, el *Essai* de Schmölders, la *Histoire* de Dugat; pero nadie ignora cuán exiguos eran los materiales de que dispusieron estos autores para realizar una completa inducción histórica de las sectas musulmanas. Habrá de pasar todavía mucho tiempo para que esta inducción sea posible, merced á la publicación de textos que permanecen inéditos, y con monografías parciales sobre las escuelas cuyo conocimiento faciliten esos mismos textos. En el ínterin, pues, no cabe otra cosa que limitarse á labor más modesta: á consignar tan sólo las acepciones dadas á los términos técnicos por aquellas escuelas que difieran entre sí tan hondamente, que

(1) *Ihia*, II, 164, línea 5.ª inferior.

© Biblioteca Nacional de España

puedan calificarse de contradictorias ó poco menos, y por aquellas más generalizadas en el mundo musulmán.

A mi juicio, merecen tal calificativo las siguientes: 1.° Cadríes, Chabaríes, Sifatíes y Jarichíes, que son las más arcaicas y por esto mismo exclusivamente teológicas y políticas.—2.° Los filósofos (الفلاسفة) en sus dos fundamentales ramas de *Peripatéticos* (المشائيون=περιπατετίκοι) y *Platónicos ó iluminativos* (الاشراقيون =σωφιστίκοι).—3.° Los teólogos dogmáticos (المتكلمون) en sus dos más célebres sectas de Axaríes ú ortodoxos (الاشعرية) y Motáziles ó heterodoxos (المعتزلة).—4.° Los teólogos moralistas ó alfaquíes (الفقهاء) en sus cuatro escuelas ortodoxas, Hanefíes, Malequíes, Xafeíes y Hambalíes.—5.° Las dos escuelas sincréticas, que tantos puntos de contacto guardan entre sí, denominadas Xiíes y Sufíes.

Dije también arriba *los principales maestros*, pues, como ya anteriormente dejé insinuado, hubo dentro de cada escuela pensadores originales y bastante independientes para romper los rutinarios moldes de la tradición, introduciendo alteraciones substanciales en las ideas y en el tecnicismo.

Por tales considero, entre los teólogos dogmáticos motacálimes, á El Axarí (s. X de J. C.), El Baquillaní (s. XI), Abulmaali (s. XI), Algazel (s. XI) y Fajrodín Arrazí (s. XIII), cuyas obras capitales, que señalan momentos diversos en la evolución del sistema axarí, ó están ya editadas hace tiempo, ó se dan á luz constantemente por las prensas del Cairo y Constantinopla.—Entre los filósofos peripatéticos, entiendo que deben ser estudiados para el indicado fin, Alquendí (s. IX), Alfarabí (s. X), Avicena (s. XI), Avempace (s. XI), Abentofáil (s. XII) y Averroes (s. XIII).—Y por último, para los místicos ó sufíes, bastará despojar á El Coxairí (s. X), Algazel (s. XI), El Sohraguardí (s. XII) y Mohidín Abenarabí (s. XII).

En cambio, por lo que toca á la ciencia teológica de las tradiciones alcoránicas y jurídicas, no hace falta dar al diccionario ese mismo carácter histórico, por cuanto que, desde su organización, esa ciencia ha permanecido inmóvil, sin sufrir alteraciones notables en sus ideas ni en su técnica, dentro de cada escuela. Así lo asegura historiador tan juicioso como Abenjaldún [1].

(1) *Proleg.*, III, 9.

© Biblioteca Nacional de España

Si la filosofía y teología musulmanas hubieran sido fruto espontáneo y original de la raza árabe ó, al menos, de las razas islamizadas, la labor de redactar un diccionario técnico de aquellas disciplinas no exigiría ya otras garantías de exactitud y precisión históricas, que las insinuadas en el plan que precede; pero es el caso que toda la ciencia musulmana es un fiel trasunto de la griega, hecho por mediación y ayuda de los cristianos sirios ó caldeos. Por consiguiente, la más elemental crítica aconseja remontar hasta las fuentes originales helénicas de las que deriva el pensamiento musulmán; en otros términos: es preciso, para mayor garantía de exactitud, apreciar los delicados matices de las voces técnicas, contrastándolas con sus prototipos griegos. Esta, además, es la rudimentaria regla de lógica que preceptúa interpretar lo menos conocido en función de lo más conocido.

Para ello, deberían ponerse á contribución las obras de los pensadores helénicos, á cuya influencia despertó el cerebro musulmán, así en la filosofía, como en la teología y en la ascética-mística.

Bajo el primer respecto, pueden ser considerados como los principales, Aristóteles y sus comentaristas alejandrinos, Ammonio, Temistio, Alejandro de Afrodisia y Porfirio, que iniciaron á los *maxaíes* musulmanes en el peripatetismo sincrético de la decadencia.—Para los filósofos *ixraquíes* ó iluminativos servirán de precedente, que explique la filiación exacta de sus ideas, todos los neoplatónicos y especialmente Plotino y Proclo, sin olvidar los autores pseudónimos de todas las compilaciones apócrifas de Alejandría, tan en boga en los albores de la filosofía árabe; tales son el falso Empédocles, el *Hermes Trimegistos*, el *De causis*, extracto de la Στοιχείωσις θεολογική de Proclo, y la *Teología* del Aristóteles esotérico inspirada en las Ἐννεάδες de Plotino.—Para los *teólogos dogmáticos* interesará no poco la comparación de sus doctrinas polémicas y apologéticas con las similares de los teólogos del oriente cristiano: tales son Juan el Gramático, apellidado Filopón, y San Juan Damasceno. Y en cuanto á sus ideas atomistas, habrá que interpretarlas á la luz del sistema de Demócrito.—En fin, por lo que atañe á las doctrinas ascético-místicas de los sufíes y sectas congéneres, su interpretación exigirá labor más complicada, por tratarse de síntesis eclécticas integradas por múltiples elementos filosóficos y teológicos. Sin embargo, para el aspecto especulativo ó teórico de ellas, habrán de servir los mismos autores griegos

© Biblioteca Nacional de España

que hemos señalado en los *ixraquíes*, ya que el neoplatonismo es el eje central de todas esas extravagantes y atrevidas construcciones del sufismo musulmán. Y para su aspecto práctico, es decir, todo lo relativo á la ascética, vida religiosa, etc., de los sufíes, en la rica literatura greco-siriaca del monacato cristiano del Egipto y de la Persia, se encontrarán, á mi juicio, los modelos inmediatos que expliquen su origen y filiación [1]; por ejemplo, en las obras de San Efrén, San Juan Damasceno, San Isaac Ninivita, San Pacomio, San Juan Clímaco, etc.

Redactado el diccionario con todo este aparato crítico é inspirado en este criterio histórico, no llenaría sin embargo el fin próximo y de utilidad inmediata á que se destina: la versión castellana de los términos árabes. Así, pues, á los prototipos griegos será preciso añadir sus equivalentes en el tecnicismo moderno de nuestra lengua.

Pero aquí tropezamos con una dificultad: los términos griegos no tienen siempre su equivalente exacto en español. Y la razón se adivina fácilmente: si bien es cierto que el pensamiento moderno debe muchísimo al genio helénico, sin embargo, á partir del Renacimiento, y sobre todo desde Bacón y Descartes, las ciencias todas y por tanto la filosofía que es su más elevada síntesis, han sufrido radicalísima renovación: ni siquiera la lógica, que Kant estimó ya perfecta y acabada en Aristóteles, ha podido permanecer mucho tiempo ajena á esta febril ansia de novedad y cambio, que hoy simbolizan Bain en Inglaterra y Wundt en Alemania. Nada digamos de la física y psicología aristotélicas, cuyas cardinales tesis han ido perdiendo el carácter de tales, al ritmo incesante del progreso en las ciencias positivas. Y la metafísica, soberana absoluta, desde Aristóteles, de todas las ciencias, ha sido desposeída paulatinamente de sus tradicionales dominios por sus propias esclavas, y no falta ya quien le niegue, á más de la realeza, hasta el derecho á la vida.

Ante un concepto tan radicalmente destructor de las disciplinas peripatéticas, ya se adivina cuán nueva habrá de ser la acepción en que por los modernos se tomen los términos técnicos de filiación griega, y cuán difícil por tanto encontrar sus equivalentes precisos en el lenguaje técnico de los modernos.

---

(1) Prescindo de fundamentar los motivos de mis afirmaciones, porque casi todas éstas coinciden con las de Munck (*Mélanges*, 241 y 321), y las pocas de que Munck nada dice exigirían entrar en consideraciones ajenas á la índole de este mi trabajo, que es un simple bosquejo ó programa. (Vide *Algazel: Dogmática, Moral, Ascética*, por M. Asín, 596, n. 3 et alibi).

© Biblioteca Nacional de España

Hay sin embargo, un expediente para sortear tamaña dificultad: suplir el término moderno, cuando falte, por uno escolástico. Cabalmente la filosofía escolástica actual, en casi toda Europa, y principalmente en nuestra patria, es todavía una supervivencia de la de los siglos medievales, intérprete fiel y sumisa de Aristóteles en cuantos problemas no contradicen al dogma cristiano. De aquí que el tecnicismo escolástico sea en la mayoría de los casos un calco servil del peripatético, é ininteligible, por lo mismo, para muchos de nuestros contemporáneos que profesan sistemas diversos. Tan es así, que algunos neo-escolásticos, como los de la escuela de Lovaina, se preocupan hondamente por renovar ese arcaico tecnicismo, adaptándolo al moderno.

Por consiguiente, interesará también consignar en el diccionario, al lado del término árabe y de su prototipo griego, el equivalente escolástico que nos proporcionen las obras de los primeros introductores de la enciclopedia aristotélica en la escolástica. Tales son Domingo González, Alejandro de Hales, Vicente de Beauvais, Guillermo de Auvernia, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Ramón Lull y Ramón Martí.

MIGUEL ASÍN PALACIOS.

(Concluirá.)

© Biblioteca Nacional de España

Métodos escolásticos antiguos y modernos

(CONCLUSIÓN)

II

MODERNOS

La neo-escolástica es, á la vez, un retorno á las doctrinas orgánicas de la filosofía de la edad media *(escolástica)* y una adaptación de estas doctrinas á las necesidades de la vida intelectual moderna *(neo)*. Los métodos neo-escolásticos deben reflejar la alianza característica de este elemento tradicional y de este elemento innovador, puesto que son función de la doctrina que elaboran ó comunican.

I. MÉTODOS CONSTRUCTIVOS.

El método analítico-sintético continúa siendo por las mismas razones y en el mismo sentido que en la edad media, el alma de toda construcción filosófica; mas el campo de sus aplicaciones se amplía indefinidamente con los descubrimientos de las ciencias de observación y los progresos de la historia de la filosofía.

Siendo la unión con las ciencias una de las principales formas del modernismo de la neo-escolástica, es de esencia de su método el ponerse en contacto con todas las esferas de la naturaleza real; legitimar este método nos conduciría á legitimar toda la neo-escolástica, lo cual sería salirnos de los límites de este artículo.

***

En cuanto á la historia de la filosofía, á la cual la edad media reconoció un valor juntamente pedagógico y constructivo, su estudio se impone por razones nuevas que conviene precisar.

© Biblioteca Nacional de España

Conocidos son, de cincuenta años acá, los éxitos y el desarrollo de los estudios de historia de la filosofía.

Las causas de este apasionamiento son múltiples. Explícase primeramente por esa irresistible necesidad de saber, que fué la fuerza generadora de las ciencias naturales, antes de serlo de las ciencias históricas. Todo hecho humano realizado en el pasado, es interesante en sí mismo porque puede llegar á ser un día, en algún gran trabajo sintético, un documento significativo. Y si este hecho tiene relación, más ó menos próxima, con ideas filosóficas, es apto por su naturaleza para explicar la influencia ejercida por una personalidad en la génesis y filiación de los sistemas, la repercusión de un modo de filosofar sobre una forma determinada de la vida social, etc. El culto de la historia de la filosofía, como el de toda ciencia histórica, es una forma del culto de lo verdadero, y esto basta para justificarlo. Esto basta tambien para que tengamos derecho á exigir del historiador de la filosofía todo el aparato crítico que la segunda mitad del siglo XIX ha considerado como el método general de la historia.

Ahora bien, esta fundamental razón de ser de la historia de la filosofía no existía para los escolásticos medievales. De aquí, los defectos anotados más arriba: falta de rigor en la determinación del hecho histórico como tal, ausencia de escrúpulo en la atribución de una idea ó de un texto á un autor, inserción de citas no literales, etc.

La utilidad que entonces se concedía á la historia, era diferente: esta tenía por objeto recoger la verdad depositada en toda sistema de filosofía, respetar las teorías anti-escolásticas y proporcionar así una contraprueba al valor doctrinal de la escolástica misma.

Este punto de vista medieval ó esta segunda razón de cultivar la historia, queda relegada á segundo término para los modernos, por más que sea difícilmente discutible la utilidad que puede resultar, para un sistema filosófico cualquiera, de la crítica y de la contradicción. Pero este cambio de punto de vista tiene su causa, no en la historia, sino en la psicología de los historiadores: muchos de éstos no tienen convicciones filosóficas y se guardan cuidadosamente de tenerlas. Es tal la confusión de las ideas en nuestras sociedades contemporáneas, que pocos hombres se atreven á seguir un sistema y á defenderlo: los más renuncian á suscribir un cuerpo de doctrinas, porque el reinado de las ideas está hoy más que nunca combatido por la contradicción y no es siempre cosa fácil organizar la vida con arreglo

© Biblioteca Nacional de España

á sus principios. Un escepticismo bonachón dispensa de toda creencia, y en vez de filosofar, muchos prefieren examinar la filosofía ajena.

El espíritu de los modernos es, desde este punto de vista, la antítesis del espíritu de los escritores medievales. Pero esta oposición no radica en la naturaleza de las cosas, proviene de una manera de pensar propia de nuestra época; las dos razones fundamentales para dedicarse á la historia de la filosofía, lejos de excluirse, se completan, y por tanto, ambas se imponen á los escolásticos del siglo XX.

***

Primeramente, éstos ¿deben mantenerse alejados del gran trabajo de investigación histórica que se persigue en todo género de estudios? ¿Debe construirse, sin su intervención, la historia de la filosofía? No. Desconocer una forma intensa del progreso científico y perpetuar imperfecciones explicables en la edad media, pero que hoy no tendrían excusa, sería dar pruebas de una culpable estrechez de espíritu y contribuir á que se mantenga un prejuicio contra la neo-escolástica. Para hacer algo de provecho en la historia de la filosofía, es preciso ser filósofo no menos que historiador. Por consiguiente, que los neo-escolásticos tomen su parte en la tarea; que entren resueltamente en ese gran movimiento para descubrir la verdad, cualquiera que sea. Sobre todo de desear es que se acabe ya de una vez con las prevenciones y desdenes que algunos alimentan contra los estudios históricos, y que nadie condense la doctrina ajena en dos ó tres silogismos para condenarlos en dos ó tres frases. Esas abreviadas refutaciones del positivismo ó del kantismo, adornadas con epítetos poco lisonjeros, denotan por lo menos la ignorancia de tales pseudo-críticos. Conocemos un tratado de teodicea en donde se acusa á Fichte de atribuir al hombre el poder de crear á Dios como «cosa en sí», cuando en la *Wissenschaftlehre* el no-yo no es engendrado de una manera manifiesta más que como representación. Mas será justo no recargar de negras tintas este cuadro y rendir homenaje á un grupo importante de escolásticos plenamente adictos á los estudios históricos.

***

© Biblioteca Nacional de España

¿Será preciso recordar, por otra parte, que el estudio de la historia de la filosofía forma parte del espíritu peripatético y del escolástico? Si el culto del hecho histórico halla su justificación en sí mismo, conserva también para todo el que crea en la posibilidad de una certidumbre las grandes ventajas doctrinales que le concedían los antiguos.

La filosofía griega ha elaborado, por decirlo así, todas las soluciones fundamentales de que es susceptible un problema filosófico, y su influencia ha informado grandemente á la escolástica. Interesa conocer la concepción específica que el genio de los helenos imprimía á las diversas teorías y argumentos y perseguir á través de todas estas formas de la contradicción, la marcha de las ideas llamadas á sobrevivir entre los SS. PP., entre los filósofos medievales y hasta entre los modernos.

El estudio de la edad media presenta una utilidad especial para aquellos que quieren renovar su principal síntesis. Enseña á separar en la escolástica lo esencial de lo accesorio; sólo él puede explicar que ciertos principios siempre verdaderos han recibido determinadas aplicaciones propias de la civilización medieval y que son susceptibles hoy de adaptarse á un medio nuevo. La polémica de los filósofos escolásticos no tiene razón de ser más que colocando á éstos en su siglo, cambia de un momento histórico á otro momento; y estas evoluciones demuestran que la escolástica ha seguido siempre la marcha de los tiempos por muy lentas que hayan sido las etapas. En fin, este estudio de historia hace ver los defectos de los escolásticos, sus faltas doctrinales y el castigo que por ellas han tenido. ¡Qué enseñanzas para los que saben aprovechar estas sabias lecciones, fruto de una experiencia diez veces secular!

En fin á la filosofía moderna y contemporánea debe otorgársele importancia en estos estudios históricos, ya que es el alma misma de esta civilización intelectual en la que la neo-escolástica reclama justamente su puesto. La prueba que se impone es solemne y decisiva. Si la neo-escolástica no siguiera las tendencias modernas, ¿porqué había de ser del siglo XX y no de otro cualquiera? ¿Cómo podrá caminar al lado del positivismo y el neo-kantismo, sin trabar con sus rivales disputa contradictoria? Y si éstos se abstienen, ¿no deberá ella provocar la contienda? ¿De qué le sirve ser de su tiempo, si no es apreciada por los hombres de su tiempo? ¿Y cómo llamarles la atención, si no plantea los problemas que ellos plantean y de la misma manera que los plantean para oponer en seguida sistema á sistema,

© Biblioteca Nacional de España

argumento á argumento? Francamente, hacen sonreir los que hoy demuestran, contra los antiguos griegos, que el alma no es ni un círculo ni una figura, y que en cambio ignoran el polizoismo de un Durand de Gros ó la teoría de las ideas-fuerzas de Fouillée. Y en esto mismo los escolásticos son nuestros maestros, y sus lecciones no son inútiles para quien sabe entenderlas. Así como San Águstín atacaba á los Maniqueos que llenaban con sus doctrinas las escuelas de su tiempo y no á los secuaces de los misterios de Eleusis, Alain de Lille y Guillermo de Auvernia combaten á los Albigenses y los Cátaros, mas no á los Maniqueos; Santo Tomás escribe contra un colega de la Universidad de París, el averroísta Siger de Brabante y no desprecia ninguna ocasión para refutar las teorías del árabe Averroes y del judío Avicebrón. Si resucitase, dejaría á Averroes, Avicebrón y Siger de Brabante, para discutir con Paulsen, Wundt, Herbert Spencer y Boutroux.

Este comercio con las doctrinas de nuestros adversarios no tendrá sólo por resultado el separar los elementos de verdad y de error que contengan, sino que permitirá á la escolástica enriquecerse con múltiples teorías que son otras tantas conquistas de la filosofía moderna, corregir y completar sus errores ó su insuficiencia. Por lo que hace á los principios de su síntesis que habrá victoriosamente defendido en este debate contradictorio; ¡cuánto más reflexiva y reposada llegará á ser la certidumbre que engendren! Enterarse del pensamiento contemporáneo y persuadirse de que las explicaciones ajenas sobre los misterios de la vida representan, á lo sumo, un patrimonio de ideas más imperfecto que el de que uno dispone, ¿no es acaso un motivo de consuelo en esas horas de desaliento en que la pobre razón humana se arredra ante las sombras que se ciernen sobre sus más caras doctrinas?

Para concluir: la teoría que domina la presente materia es, una vez más, función del ideal que uno se forma sobre la restauración neo-escolástica. Una repetición abstracta, anacrónica, de una síntesis desaparecida, no tiene nada que ver con la historia de la filosofía, y el pequeño grupo de partidarios, cuyo credo será esa síntesis, podrán cerrar las ventanas de su cenáculo ó no mirar al mundo exterior. Por el contrario, la acomodación de la neo-escolástica á las necesidades de nuestro tiempo exige una ampliación de los estudios históricos y una orientación hacia los senderos trazados por la crítica moderna

© Biblioteca Nacional de España

II. MÉTODOS PEDAGÓGICOS.

La unidad de la lengua sabia de la edad media ha desaparecido definitivamente; ¿debe la neo-escolástica volver, costare lo que costare, á usar el latín, ó debe seguir el ejemplo de las demás filosofías que han sabido todas someter las lenguas vivas á sus exigencias? Que importa adoptar la segunda solución es cosa que nos parece indudable. Sin abordar aquí el fondo de la cuestión, remitimos al lector á los interesantes estudios que nuestro colaborador y amigo, Hubert Meuffels, publicó en anteriores fascículos de la *Revue Neo-Scolastique*.

De seguro que provocaría la risa aquel que, bajo pretexto de volver á lo pasado, propagase sus ideas mediante la transcripción de manuscritos y rehusase el servicio de las prensas contemporáneas. El más intransigente de los reaccionarios no se atreverá á imponer el programa del trivium y del quadrivium, ó dar fuerza de ley en las universidades modernas al decreto de la Facultad de Artes de París en 1255. Por otra parte, la uniformidad de la pedagogía propiamente dicha se ha roto para siempre; se han introducido profundas innovaciones y se imponen nuevos progresos.

Por de pronto, escusado es decir que la mezcla de materias filosóficas y teológicas sería hoy un contrasentido histórico, habiéndose modificado las relaciones pedagógicas entre la filosofía y la teología.

Así mismo el comentario, forma principal de la enseñanza en el siglo XIII, es sustituído por la exposición sistemática de las diversas ramas de filosofía; esta sistematización es mucho más á propósito para dar al estudiante ideas ordenadas con arreglo á un plan de conjunto y evitarle largos é inútiles rodeos. El comentario, no obstante, es de utilidad, ya para el estudio profundo de una cuestión de detalle que exija la explicación de textos aislados, ya como coronamiento de los estudios, en el curso del doctorado, cuando se trata del estudio integral de algún tratado de Aristóteles ó de un escolástico. Esta es la marcha pedagógica seguida en la mayor parte de las universidades modernas y que ha dado excelentes resultados.

La esquematización formal de una cuestión determinada por la aplicación de la famosa triada del «Videtur quod—Sed contra—Respondeo dicendum», lo mismo que el empleo del silogismo, son procedimientos didácticos demasiado perfectos para que se pueda privar de ellos á la escolástica nueva. Pero la

© Biblioteca Nacional de España

conservación del procedimiento mismo no excluye su adaptación á la manera de ser moderna. No hay nada tan monótono como la disección del pensamiento cuando se realiza con sujeción á cuadros estereotipados y alternando con las mismas fórmulas. Resulta de aquí necesariamente una sequedad de lenguaje que engendra una fatiga que puede llegar hasta el hastío. La exposición del pro y del contra, la respuesta á las objeciones, las demostraciones silogísticas ganan en atractivo, sin perder su fuerza, cuando, conservando su espíritu, se les despoja de su vieja envoltura para presentarlos bajo formas modernas. La cosa parece indiscutible en cuanto á los trabajos de filosofía, y la idea de escribir un tratado de criteriología ó un libro sobre psicología contemporánea, según el modelo de las *Sumas teológicas* ó de los *Quodlibet*, parece sencillamente extravagante. Y lo mismo sucede con la enseñanza oral: que las discusiones y ejercicios prácticos deben enseñar á los estudiantes á poner un razonamiento «en forma» y á contestar á él; que es preciso que los estudiantes sepan descubrir, por la sobria práctica de la distinción y de la subdistinción el vicio de una doctrina, está muy bien; pero se ha de tener mucho cuidado para que la lección de cada día no venga á vaciar en invariables fórmulas todo el saber.

Para terminar, hay procedimientos didácticos nuevos, que la práctica ha generalizado en otros dominios y sería bien poco prudente no utilizar innovaciones que constituyen progresos. El siglo XIII poseía una verdadera organización de la discusión pública; hoy tenemos además la monografía y la disertación, en las diversas etapas del estudio, pues el alumno poniendo personalmente manos á la obra, aprende á discurrir por sí mismo y hacerse con estilo propio. Es necesario ante todo introducir los laboratorios en la enseñanza, y una institución especial que los alemanes llaman «Seminario práctico».

El término «laboratorio» podrá hacer sonreir, cuando se trata de filosofía. Sin embargo, al lado de las bibliotecas y de los gabinetes de periódicos, que son principalmente los laboratorios de la parte especulativa de la filosofía, hay lugar para laboratorios de ciencia experimental (psico-fisiología, química, física) desde el momento que se admite para la nueva escolástica la necesidad de reanimarse al contacto de las ciencias experimentales y racionales.

En cuanto al seminario práctico, en donde, juntamente con el profesor, un grupo de alumnos estudian una cuestión parti-

© Biblioteca Nacional de España

cular, puede abarcar todas las partes de la filosofía, y en todas sus resultados son notables. Este trabajo común, en el que cada uno dirige su contingente de esfuerzos en una dirección dada, hace que cada uno se aproveche de las investigaciones de todos los demás, familiariza con el manejo de los instrumentos de trabajo, constituye una experiencia de los *métodos constitutivos* ó inventivos, propios de cada materia, y con mucha frecuencia decide la vocación científica de todos aquellos cuyos primeros esfuerzos se han visto coronados por el éxito.

M. DE WUFF.

Por la traducción,
EMILIO LACIERVA.

© Biblioteca Nacional de España

Relaciones de Don Fernando con el Principado de Cataluña[1]

Después que el Parlamento catalán (según vimos en la primera sección de esta tercera parte de nuestro trabajo) con su prestigio, entereza y prudencia fué durante el interregno quien principalmente salvó la situación, conjuró los peligros, apaciguó las discordias y encauzó los sucesos hasta llegar al feliz término de la restauración de la monarquía; entonces acatando consecuente el fallo de Caspe, reconoció y se mostró siempre fiel al elegido Monarca, al cual para recibir dignamente, nombró una comisión de selectos personajes, con el encargo también de hacer al Rey oportunas representaciones y súplicas referentes principalmente al reconocimiento y confirmación de los fueros y privilegios del Principado.

Los personajes nombrados fueron al encuentro de D. Fernando, pero con la particularidad (según refiere Lorenzo Valla) de que, mientras los comisionados de los otros Estados de la Corona salieron, con práctica desusada, á recibir al Monarca fuera de los límites de sus Reinos, y descendiendo de sus caballos hincáronse ante el Rey, los del Principado le recibieron sin salir de dichos límites para no introducir innovaciones, y sin apearse le dieron con la debida reverencia la bienvenida.

---

(1) Capítulo de un *Estudio crítico-biográfico sobre Fernando de Antequera*, presentado como tesis doctoral en la Facultad de Filosofía y Letras.

© Biblioteca Nacional de España

Si el Rey hubiese abrigado un espíritu soberbio y tiránico (según pretenden ciertos escritores como D. Antonio de Bofarull y el Sr. Aulestia, cuyas historias de Cataluña al llegar á este reinado más bien parecen ditirambos contra D. Fernando que verdaderas historias), ¿quién no ve que sin hacerse cargo de lo puesta en razón y caballeresca que era la actitud de los comisionados catalanes, les hubiese mostrado el Monarca ya desde este primer momento un ademán por lo menos grave y frío, si no desdeñoso? Y sin embargo, para que se vea lo razonable y modesto que era D. Fernando, el mismo D. Antonio de Bofarull dice, quizás sin darse cuenta, que «entrada la regia comitiva en el territorio aragonés, el principal de nuestra embajada, que era el Obispo de Barcelona D. Francisco Climent, se acercó al Rey, quien le recibió con *ademán alegre, correspondiendo á la atención de los demás embajadores*».

Y por cierto que en este punto tuviera también el Sr. Bofarull ocasión de admirar la imparcialidad que (como indicamos en la introducción de este trabajo) muestra Lorenzo Valla; porque vería que éste (á quien él tan erróneamente tiene como historiador pagado por D. Fernando) al juzgar el aludido episodio dice refiriéndose á los diversos comisionados: «de los cuales yo á ningunos ni reprender ni preferir á los otros me atrevo» (quorum ego neutros neque reprehendere nec alteris praeponere ausim); y añade dando la razón: «porque son varias las costumbres de los hombres y varias las opiniones, seguras y honestas cada una de ellas para sus defensores» (sunt enim variæ mores hominum variaeque sententiae, suis quaeque defensoribus tutæ atque honestae).

Llegados el Rey y los comisionados de los diversos Estados á Zaragoza, cumplieron los de Cataluña el encargo de su Parlamento exponiendo al Monarca lo que tenían confiado representarle; y atendidos benignamente por D. Fernando, y trascurrido el plazo que se les fijara, volvieron ellos á su región y dieron cuenta del desempeño de su cargo, comunicando sin duda alguna acerca del Rey las gratas impresiones que recibieran.

Ya indicamos al final de la primera sección lo referente á la estancia de D. Fernando en Zaragoza, y vimos en la segunda como de allí pasó á Lérida, luego á Tortosa, y convocadas cortes desde esta ciudad para el 15 de Diciembre en Barcelona, salió el día 22 de Noviembre para la capital del Principado, á donde llegó el 26 hospedándose en Valldoncella (extramuros

© Biblioteca Nacional de España

entonces de la población como hemos indicado ya más de una vez), y haciendo el 28 su entrada solemne en la Ciudad Condal.

Entró por uno de los portales de la antigua y ya no existente muralla más cercanos al Mar y próximos á la plaza llamada entonces de Frailes menores (Fra menors) ó de San Francisco, correspondiente á la que en la actualidad lleva el nombre de Medinaceli. En este punto y sobre regio catafalco que por recibos conservados en las ápocas de obrería del Archivo municipal se sabe que estaba tapizado de raso con dosel y cortinages (al paso que la aludida plaza y las calles por donde pasó la regia comitiva fueron cubiertas de anea y juncos), en dicho punto, pues, ante la municipalidad y sobre la cruz que le presentó el Guardián del antiguo y ahora demolido convento de San Francisco, prestó el Rey el juramento que desde el siglo anterior se llamaba *por las islas*, y que versaba sobre respetar y reconocer las costumbres del país, y sobre algunas otras cosas. Desde el mismo punto presenciaron también el Monarca en dicho día 28 y la Reina y su familia en el siguiente (en que respectivamente hicieron su entrada en la ciudad) «todos los juegos y representaciones hechas por los diversos oficios (ó gremios) de dicha ciudad en reverencia y honor de las personas predichas» (omnia jocha et representationes per diversa officia dictœ civitatis ob reverentiam et honorem praedictorum); y llegado después el Rey á la Catedral juró también mantener y defender las leyes, costumbres y privilegios de la Iglesia.

Terminados tales festejos que debieron de ser notables, como lo indica con frase breve pero significativa el Dietario de la Diputación al decir, «le fué hecha gran fiesta» (fonchli feta gran festa), y llegado el 15 de Diciembre, se abrieron las cortes conforme estaba dispuesto, y durante el período de su celebración el Rey recibió el juramento de ellas; las cuales á petición del soberano juraron también reconocer al primogénito D. Alfonso como príncipe heredero; y otorgaron al Monarca graciosamente, de bienes del General, ciento ochenta y dos mil quinientas libras barcelonesas en consideración á algunas gracias otorgadas por aquel al Principado y á cada uno de sus Brazos y á ciertas reformas y ordenaciones para el buen estado del mismo. Además de esto en dichas cortes se tomaron dos acuerdos altamente importantes y de gran trascendencia. Uno de ellos fué que se tradujesen del latín, en que todavía en aquella fecha estaban, al idioma catalán, el célebre Código de los

© Biblioteca Nacional de España

Usatges de Barcelona y las Constituciones del Principado. Los Usatges constituían, según es notorio, un código consuetudinario el más completo y el primero que apareció en Occidente después de la irrupción de los bárbaros del Norte; debíase á D. Ramón Berenguer I por sobrenombre el Viejo, y aunque era llamado Usatges de Barcelona por haberse redactado en dicha ciudad, era sin embargo común á todo su Condado. Contribuyó á la traducción acordada y fué al propio tiempo comentador de los Usatges el célebre jurisconsulto Jaime Callis, el Calicium, que con apellido latinizado se halla en tantos documentos de su tiempo y que tan citado se encuentra por posteriores comentaristas. El otro acuerdo á que nos referimos, tomado en las cortes de que hablamos, fué el de que los abogados quedasen obligados en lo sucesivo á perorar siempre en catalán, disposición, como se puede echar de ver, altamente favorable á la lengua del Principado.

Ahora bien: examinando hasta aquí las relaciones entre D. Fernando y el Principado de Cataluña ¿qué hay en ellas que tenga sabor de tirantez y mucho menos de tiranía? ¿Pudieran establecer los reyes anteriores acuerdos que cediesen en mayor beneficio y lustre ya civil ya literario del Principado que los que hemos dicho? ¿Pudiera darse cosa alguna que respirara espíritu más regional? Y sin embargo no parece sino como que tal no hubiera existido para D. Antonio de Bofarull y para el señor Aulestia: lo citan, sí, pero ó pasando por ello de largo como lo hace el señor Aulestia, ó casi de largo como el señor Bofarull, cual si fueran cosas de poca ó ninguna monta; ó pareciendo atribuir toda ó la principal gloria de ello á las mismas cortes y no á D. Fernando, como si en tal caso no pudiese hacerse lo mismo con los reyes anteriores.

Pasó D. Fernando (según vimos en la sección anterior) de Barcelona al sitio de Balaguer y de aquí á Lérida, donde le dejamos, y de esta ciudad dirigióse otra vez en Enero de 1414 á Zaragoza, donde con asistencia numerosísima de personajes de Aragón y de Castilla fué consagrado en la metropolitana iglesia del Santísimo Salvador por el Obispo de Huesca, y verificó la ceremonia de su coronación, dando después al primogénito D. Alfonso el título de Príncipe de Gerona, y desplegándose en todos estos actos extraordinaria solemnidad y magnificencia.

Celebradas de nuevo en la capital de Aragón cortes de este Reino, y habiendo en dicha ciudad recibido embajada del em-

© Biblioteca Nacional de España

perador de Alemania Segismundo para tratar de la extinción del funestísimo cisma de Occidente, pasó D. Fernando á Morella (á donde llegó en 1.° de Julio) para tener entrevista con el Antipapa Luna; dirigiéndose después á Montblanch en donde entró á principios de Octubre, para presidir de nuevo también las cortes de Cataluña, que convocadas segunda vez por el Rey desde Zaragoza para Tortosa, y abiertas en esta ciudad sin asistencia del Monarca, habían sido por orden de éste, trasladadas á Montblanch.

Aquí en verdad empieza para la crítica imparcial la fase algún tanto dificultosa respecto á las relaciones de D. Fernando con el Principado de Cataluña, fase que por el corto tiempo que vivió ya el Monarca se reduce á solos dos pasajes ó episodios.

Constituyen el primero estas mismas cortes de Montblanch. De ellas cuenta el historiador Tomic, de quien lo tomaron Zurita y los demás escritores, que se pidieron al Rey algunos capítulos que éste no quiso conceder, y que sobre dichos capítulos dijo el soberano en presencia de las cortes algunas palabras *bastante cargosas* (assats carragoses) á los Reinos y Principado, las cuales dice Tomic que no quiere él referir, pero que Ramón Desplá síndico y conseller primero de Barcelona, contestó al Rey como se debía, guardando empero toda lealtad.

¿Qué hay que decir á la vista de este pasaje? Por de pronto nosotros no haremos como D. Antonio de Bofarull, quien viendo al parecer que podía sacar de este pasaje de Tomic gran partido en pro de la parcialidad de su juicio, no sólo admite aquí lo que aquél dice, sino aun más de lo que dice, puesto que traduce la frase *paraules assats carragoses* por *palabras harto cargosas*, esto es, demasiado cargosas, siendo así que el *assats* no expresa más que la idea de *bastante;* y fuera de esto, mientras por una parte no puede menos de hacer constar que "en el proceso no consta el escandaloso diálogo„ (el cual, sea dicho de paso, no sabemos por que razón haya de suponerlo y apellidarlo *escandaloso)*, añade por otra parte que «es lástima (que no conste) siendo solo de extrañar, dice, que el excesivo comedimiento de Tomic, atendido su gusto especial por las cosas de bulto, nos haya privado de saber cuáles fueron los insultos graves sin duda, arrojados por el Rey de Caspe &»: De manera que aquí acredita á Tomic de historiador *comedido*, es decir, prudente y por tanto de buen historiador y autoriza-

© Biblioteca Nacional de España

do, y las palabras del Rey las califica de *insultos* sin que sepamos ver nosotros fundamento suficiente para ello, y mucho menos para añadir el epiteto de *graves sin duda*. En cambio en el paso de la muerte de D. Fernando, al tener que hablar de un testamento ó codicilo que Tomic dice que D. Fernando hizo en Igualada, en el cual nombró albacea mayor al conseller de Barcelona Juan Fivaller, recomendando á éste el cuidado del príncipe Alfonso y demás infantes, viendo sin duda el mismo Sr. Bofarull que esto probaba tan en contra de lo que él pretende, dice estas textuales palabras: «Tomic, de quien no hay que fiar, &.» Y nosotros diremos: ¿qué hay que pensar de esta suerte de argumentación?

Pero dejando en paz á D. Antonio de Bofarull, nosotros admitiremos el fondo histórico de Tomic, aun cuando no conste en el proceso, y aun cuando Tomic sea escritor «de quien no hay que fiar» según dicho Sr. Bofarull (por más que éste se fía bien de él en esta parte). Mas juzgando sin pasión, cualquiera verá que del tal pasaje lo mismo puede deducirse orgullo en el Rey que orgullo y descortesía en Desplá y demás en cuyo nombre contestó. Por esta razón añadiremos lo que Tomic no declara y Zurita nos manifiesta.

Dice, pues, en sustancia Zurita que en las cortes de que hablamos el Rey representó (consecuentemente á lo que había ya insinuado en las primeras cortes y quizás, como era natural, con alguna mayor insistencia), que había encontrado el real patrimonio *muy empeñado y muy disminuído*, y que esperaba le ayudarían á desempeñarlo, tanto más cuanto que no podía atender á los diversos gastos que necesariamente importaban los múltiples deberes y atenciones á que estaba obligado; y añade Zurita que fueron tomándose resoluciones tras resoluciones acerca de cuestiones particulares que iban moviéndose, y nada se resolvía sobre lo representado por el Monarca, de lo cual éste quedó muy confuso y disgustado; y entonces al pedírsele ciertas cosas habló en sentido de queja y disgusto (y aquí cita el aludido pasaje de Tomic); añadiendo que despues de esto y teniendo que atender á otros asuntos de gran importancia dió el Rey las cortes por terminadas. Esto dice Zurita por una parte; mas por otra advierte que se miraba con sentimiento por los hijos del Principado que el Rey tuviese en cargos importantísimos á personas que no eran de la región porque parecía menos afecto y confianza para con los propios de ella; y añade el Analista aragonés que esto se decía particularmente

© Biblioteca Nacional de España

por tener el Monarca á Pedro de Velasco Arcediano de Alcor por promotor de los negocios de la corte, y á Juan González de Acevedo como miembro de su consejo.

Al leer el relato de Zurita ¿no aparece ya bajo otro aspecto la cuestión? ¿No se halla en él la clave para una explicación imparcialmente satisfactoria? Nosotros diremos que el Rey en la persuasión del gran empeño del patrimonio real (en que, fuese por necesidad, fuese por descuido, algunos reyes anteriores lo dejaran), representó esto justamente á las cortes, y con justicia pudo esperar á lo menos la ayuda en la procuración de su desempeño; y por lo mismo al verse no tan dignamente atendido, y quizás no osando con su prudencia insistir más en el asunto, con razón pudo sentirse confuso y manifestarse disgustado. Esto se comprende, era natural. Pero al propio tiempo y no obstante que D. Fernando al entrar en los Estados de la Corona de Aragón empezase á confirmar (como dice el mismo Zurita) en sus cargos á muchos de los que ya los tenían en tiempo del rey D. Martín, y prudentemente fuese reduciendo el número de las personas de fuera á quienes confiara empleos: sin embargo, dado el espíritu eminentemente y por antonomasia regional de los hijos Principado, no nos admira que les diera en rostro ver aún á aquellos pocos que quedaran de fuera desempeñando cargos de su propia casa; y que interpretándolo en su interior como falta de confianza del soberano, no se mostraran tan prontos á complacerle y le manifestaran á su vez el natural sentimiento por esta parte. Esto tampoco es de extrañar: sin que ello sea suponer menos prudencia y dotes de gobierno en D. Fernando, quien en tan eminente grado reveló poseer dichas cualidades, sino que fué consecuencia casi ineludible de sus circunstancias, y es cosa que, por grandes que sean, no han podido ni podrán evitar jamás del todo los soberanos que se hallen en semejantes condiciones, á no ser que se acomoden é identifiquen absolutamente con el respectivo espíritu de cada una de las regiones sujetas á su imperio, rigiéndolas sin excepción alguna por leyes y personas del todo connaturales.

Cerradas las cortes de Montblanch en 3 Diciembre de 1414, pasó el Rey á Valencia á donde llegó el 22 del mismo, y en donde estuvo largo tiempo ocupado en las negociaciones relativas á la extinción del cisma y en otros asuntos, y durante su permanencia en dicha ciudad se celebró á 12 de Junio de 1415 con grandes regocijos el matrimonio del príncipe de Gerona, es

© Biblioteca Nacional de España

decir, del primogénito D. Alfonso con D.ª María, primogénita del Rey D. Enrique III de Castilla hermano de D. Fernando.

En Valencia empezó éste á sentir tal decaimiento físico, que con dificultad pudo llegarse á Perpiñán para verse con el emperador Segismundo, según tenían convenido de antemano á fin de activar la terminación del cisma. Para esto acudió también allá el Antipapa Luna: mas al instarle por la renuncia de sus pretensiones en aras del bien universal de la Iglesia, nada lograron recabar de él, antes volvióse y fijó su permanencia en Peñíscola, dejando desengañados á los que tan de buena fe le habían seguido, como el virtuosísimo Fray Vicente Ferrer y el rey D. Fernando; los cuales como desinteresadamente le siguieron, así desinteresada y noblemente sustrajeron á sí mismos y á los Estados de la Corona de Aragón de la obediencia de aquél, para ponerla en el Papa que fuera nombrado en el concilio de Constanza. Este acto á los ojos de toda persona de espíritu recto y de noble corazón que en él se fije aparece tan grande, que es superior á todo encomio; y por ello no advierte sin duda alguna cuanto se desacredita á sí mismo, quienquiera se atreva bajo cualquier aspecto á ponerle el más mínimo tilde.

De Perpiñán dirigióse D. Fernando á Barcelona, para ver si allí se reponía de su tan quebrantada salud; mas con intención de pasar después á Castilla para ver cómo seguían las cosas de aquel Reino; y al llegar á la Ciudad Condal tuvo lugar el segundo de los dos pasajes ó episodios á que dijimos venía á reducirse la fase algún tanto dificultosa á la crítica respecto de las relaciones de D. Fernando con el Principado de Cataluña, y es el tal pasaje el célebre

EPISODIO DE FIVALLER

Es éste un hecho que, quizás por su misma celebridad, andando de boca en boca y de pluma en pluma ha sufrido tantas trasformaciones, que al cotejar las variantes de su exposición apenas se deja entrever más que el fondo histórico del suceso, á saber, cierta querella entre D. Fernando y la Ciudad Condal. Nosotros lo expondremos tal como hemos tenido oportunidad de enterarnos de él.

Llegado D. Fernando á Barcelona quiso insistir en el propósito que, según se ve, era uno de los fines que llevaba en

© Biblioteca Nacional de España

primer término, á saber, sacar de empeños el real patrimonio, con el deseo sin duda de alcanzar más libre acción y de no verse tan en el caso de tener que mendigar, por decirlo así, recursos de las cortes. Y para lograr más fácilmente su intento, creyó prudente proceder con suavidad; *quiso* (dice Valla) *empezar por probar en cosas pequeñas los ánimos de los barceloneses (voluit igitur a minimis tentare barcellonensium animos)* en la convicción de que si salía en éstas con victoria, podría esperar obtenerla con más probabilidad en las mayores. Su discurso no podía ser más acertado, otra evidente prueba de la prudencia y tacto político de que dotado se hallaba: mas la realidad no correspondió á sus deseos, no respiró á la cuenta la suavidad apetecida, si bien tampoco tomó según parece ni de mucho las proporciones con que algunos la presentan.

Y ocurrió casualmente (continúa Valla) *el primer encuentro con el carnicero (el contigit forte prima pugna cum lanio)*: de manera que supone haber acaecido al ir á comprar carne. Bernardo Boades quien, aunque contemporáneo, por vivir lejos de Barcelona debió de llegar á sus oídos alterado el suceso, lo presenta de un modo tan diverso, como es decir que al entrar D. Fernando con la real familia en Barcelona *sus acémilas llevaban mucha ropa y otras cosas que debían pagar derechos, y que los portaleros se lo quisieron hacer pagar (les sues alzembles portauen molta de roba é altres coses que deuian pagar drétage é los portalers volguerenlo y faer pagar)*. Mas por el documento oficial que se conserva en el Archivo municipal de Barcelona y que se tiene por original consta que el suceso acaeció al ir á comprar *pescado fresco (peix fresch)* y que tuvo lugar el día 28 de Febrero, que era viernes, del año 1416.

Cuando los compradores del Rey verificaron el pago al exigirles cierto vectigal ó derecho impuesto por el municipio, negáronse á satisfacerlo por más que á ello se les instó. Llegó este caso á oídos de los conselleres, los cuales con ocasión de ir á cumplimentar al soberano por su llegada le expusieron el hecho, y el Rey aprobó la actitud de los compradores.

A los conselleres no les pareció esto bien, y salidos del palacio reunióse el gran concejo, esto es, el célebre «Concejo de Ciento» en el histórico salón del mismo nombre, donde todavía tiene sus sesiones el Excelentísimo Ayuntamiento, y acordaron volver aquel mismo día al Monarca, para representarle que ellos no podían consentir aquella infracción de las ordenanzas: mas al llegar de nuevo á palacio los que allá en representación

© Biblioteca Nacional de España

de la ciudad se dirigieron, fuéles respondido que el Rey no podía recibir visita aquella noche ni al día siguiente por la mañana sino hasta después de comer. Reunióse otra vez el gran concejo, y deliberando sobre el caso, fué declarado que el aludido impuesto había de ser pagado por todos incluso el Rey y la Reina y sus hijos, y que si alguien no quisiese satisfacerlo sería tenido (con excepción del Rey, de la Reina y de sus hijos) por enemigo de la ciudad: y se acordó delegar el cuidado constante y poder sobre el particular á una junta especial de individuos del mismo gran concejo, la cual junta fué allí mismo nombrada, advirtiendo que en caso necesario tendría el apoyo de todos los demás.

Hasta aquí en sustancia el relato del documento oficial citado que hemos tenido el gusto de tener en nuestras propias manos. Mas como Lorenzo Valla en su biografía latina de don Fernando y Pedro Juan Comes en su *Libre de algunes coses asanyalades* van continuando el relato y precisamente en esta parte es en donde figura la personalidad de Fivaller, y esta misma parte del relato es precisamente la que tanto ó más que la primera se hizo célebre en la tradición, parece desprenderse de aquí que después del aludido pliego ó documento oficial existente habría algún otro como continuación y se debió de perder; y en él constaría lo que añaden aquellos escritores, si bien es de suponer que no sería, cual se ve en ellos, con tal riqueza y viveza de pormenores, que más bien tienen sabor dramático ó novelesco que rigurosamente histórico.

Parece, pues, que al día siguiente por la tarde Juan Fivaller conseller segundo (pues que Marcos Turell que era el primero ó *conseller en cap* estaba ó se fingiría indispuesto) se dirigió con algunos otros en comisión al palacio, y dejando, según parece, en la entrada á los que le acompañaban, subió la escalera, y llamando á la puesta de las regias habitaciones se anunció respondiendo á varias intimaciones del portero para que declarase su propio nombre, con decir que era el conseller ó la ciudad de Barcelona quien llamaba. Introducido, no obstante, á la presencia del Rey le hizo la debida profunda reverencia (*et regem adoravit*, dice Valla), y tomando pie de esta misma le dirigió el Monarca con dignidad un sentido pero mesurado razonamiento (y no reventando de ira, como tan indigna é inverosímilmente nos lo pinta D. Antonio de Bofarull), á cual razonamiento respondió con otro contundente pero sereno también y respetuoso Juan Fivaller, á quien, después de otra

© Biblioteca Nacional de España

réplica propia, mandó el Rey que esperase en una adjunta estancia, en tanto deliberaba sobre el caso. Consultado éste con los consejeros, por insinuaciones de ellos y en particular de Bernardo Cabrera, Guerau Alamany de Cervelló y Guillén Ramón de Moncada, suspendió el Rey por entonces el insistir en su propósito, y llamando á Fivaller le declaró este acuerdo y luego Bernardo de Gualbes fué á satisfacer el impuesto en cuestión.

Este parece en sustancia el fondo histórico ó verosímil del hecho. Todo lo demás que en los citados escritores se lee no parece tan verosímil, y menos el que la ciudad se levantara, por decirlo así, en armas; pues aun cuando hubiera algún rumor y espectativa sobre el caso, no fuera sin duda alguna en actitud amenazante, y mucho menos hasta el punto de decir, según frase de Valla, que si moría Fivaller no moriría sin ser vengado *(non enim moriemur, si muriemur, inulti)* porque, en verdad, ya por lo fútil del pretexto en sí (por más que tuviera importancia en su trascendencia), ya por la natural benignidad del monarca, ya por el respeto debido á su majestad, parece que no podía haber lugar ni al pánico que se supone en Fivaller, ni á tan indigna respuesta y actitud por parte de él y del tan noble y morigerado pueblo barcelonés.

Considerado pues el suceso en su aspecto verosímil ó en sus debidas proporciones, ¿cuál es el juicio que hay que formar de él? ¿Habremos de convenir en que D. Fernando se mostró un tirano conculcador infiel de los pactos que jurara? Mas entonces ¿cómo explicar tal contradicción con la fisonomía moral que hasta este punto tan constantemente hemos visto confirmada? y más cuando el mismo Boades historiador catalán contemporáneo refiriéndose á los críticos sucesos del Rey dice: «y de eso no tenía culpa el señor Rey, sino malos consejeros que habían movido á aquél; porque era muy buen príncipe, y muy noble, y muy devoto, y muy benigno varón» *(é daçó non hauia culpa lo senyor Rey, sino mals consellers quen hauien vingut ab aquell, car era molt bon príncep, é molt noble, é molt deuot, é molt benigne baró).*

¿Habremos, pues, en cambio, de tachar de soberbia, codiciosa, inconsiderada y rebelde con su soberano á Barcelona, á la ciudad á la cual, no un hijo de ella, sino el inmortal Cervantes apostrofa diciendo: «Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades.»

© Biblioteca Nacional de España

Parécenos que sin contradicción, sin ofensa, sin suposición de culpa alguna por parte del Rey, ni de la Ciudad, puede cada uno por sí mismo explicarse el suceso teniendo en cuenta las advertencias siguientes, que se desprenden del fondo de la historia y de los razonamientos puestos por Valla en boca del Rey y de Fivaller.

Por parte del Rey hay que tener en cuenta: la persuasión en que según vimos se hallaba de encontrarse tan enagenado, vendido, disminuído y en empeño el patrimonio real, y la necesidad que veía y deseo que sentía de sacarlo de tal estado; la consideración de que el Obispo, los abades, los priores, los canónigos y cualesquiera clérigos gozaban de inmunidad respecto del aludido vectigal *(episcopus, abbates, priores, canonici et quicumque sunt ordinis clericalis inmunitate hac fruuntur* se lee en Valla), y que el Rey y su familia no gozasen de ella, estando bajo este aspecto la majestad real por debajo del último clérigo; la circunstancia de que los nobles gozaban también antes de la inmunidad dicha, y aun á la sazón luchaban por recuperarla *(nobiles pro eadem recuperanda litigant nam olim fruebantur)*; la advertencia de que la intención no era faltar al juramento sino probar la acquiescencia de la ciudad, la cual acquiescencia una vez dada ó supuesta ya no podía haber falta, fuera de que si la cosa bien examinada no hubiese parecido razonable ó justa, ya no había en tal supuesto falta contra el juramento, toda vez que éste no puede versar sobre lo que no es justo ó razonable; y todo esto sin contar el temor ó recelo que podía abrigar D. Fernando de que sucediera en la Corona de Aragón lo que con respecto á los bienes del patrimonio real sabía haber sucedido en Castilla, aleccionado como estaba con la anécdota que se cuenta de su hermano Enrique el Doliente, y que por suponer conocida no queremos referir aquí.

Por parte de la ciudad ó de sus conselleres hay que tener en consideración: el carácter ó espíritu altamente regional de ella, y amante como el que más de sus fueros y privilegios; la trascendencia que les parecería haber de tener el suceso, lo cual les pondría en cierta como alarma; la convicción en que estaban de ser razonable el pago del vectigal aun por parte del Rey y su familia: la sospecha ó recelo que abrigaban de proceder los actos del Rey no de él sino de algunos consejeros á quienes no les placía ver junto al monarca; y el espíritu de la más fina lealtad que de todos modos alentaban siempre hacia el soberano.

© Biblioteca Nacional de España

Por los sitios donde están fechados los documentos y cartas de D. Fernando se descubre no ser cierto lo que dice Valla, que el Rey se fuese precipitadamente de la ciudad al día siguiente del suceso de que nos hemos ocupado; sino que se ve permanecería en Barcelona hasta el 12 de Marzo, en cual día salió de la capital con intento de seguir su camino proyectado hacia Castilla; mas al llegar á Igualada le acreció de tal suerte la enfermedad, que no pudo continuar su viaje.

Luis Artigas y Coma.

© Biblioteca Nacional de España

ORDINACIONES Y PARAMIENTOS

DE LA CIUDAD DE BARBASTRO

(CONTINUACIÓN)

DE IUEGO

Como ordenado sea por paramiento en la dita ciudat que ninguno no juegue ni pueda jugar ni enprestar a los ditos juegos sobre pindras algunas en plaças ni en casa cerrada de dia ni de nueyt sino en los tienpos et lugares en los ditos paramientos expresados et como algunos de poco tienpo entaca juguen et hayan jugado publicament armados por plaças et otras casas de la dita ciudat por la qual razon sen de aya seguido et sigua peleas feridas et otros escándalos entre los habitadores de la dita ciudat et otros. Por esto queriendo remediar et proueyr al sobre dito. establimos et ordenamos que ninguno no sia tan osado que depues de la ora de la canpana del fuego juegue ni enpreste ni sia trobado con armas algunas en los ditos lugares ni en otro al dito juego dius pena de perder las armas si con aquellyas trobado sera en el dito juego. Et si con armas en los ditos lugares trobado no sera que en aquest caso jaga preso gueyto. dias en la presion del dito. *Senyor Rey*. Excepto empero en tauierna puedan jugar juxta et segun que en los ditos paramientos estatuido et ordenado. Empero que si el senyor de la dita tauierna gitara los ditos jugadores de la tauierna o casa en que iugaran en los casos expresados en los ditos paramientos et aquellyos sallyr non de querran que en aquesti caso los jurados o qualesquiere otros officiales de la dita ciudat puedan aquellyos fer sallyr de la dita tauierna /o casas. Empero si con armas algunas trobados seran aquellyas pierdan et sean de los ditos officiales.

DE UUAS ET MOSTO

Como experiencia sia maestra de todas las cosas et veamos manifestament a la Ciudat et a los habitadores de aquellya seyer grant danpnatge et interes en dar auso temerario a los que son terratenientes en el termino de la dita ciudat en meter o vender sus huuas o mosto á los habitadores de aquellya por ocasión de la qual permision, non tan solament las huuas de los terminos de la dita ciudat entrauan qui hoc encara de otros terminos et lugares Por la qual razon los vezinos et habitadores de la dita ciudat ne son venidos á grant danpnage. Por esto queriendo remediar al sobredito, Statuimos et hordenamos que alguno de qualquier ley grado stado dignidat o condicion sia no sia tan osado que meta ni meter faga aduga ni aduzir faga en manera alguna huuas ni mosto a la dita ciudat ni a los terminos de aquellya encara que las ditas huuas o mosto sian o ffuesen de las heredades del

© Biblioteca Nacional de España

termino de la dita ciudat. Sino tan solament aquel o aquellyos qui sian vezinos et habitadores continuament de la dita ciudad en pena de mil sueldos dineros jaqueses et de perder las ditas huuas mosto bestias sogas albardas cueuanos et otros qualesquiera baxiellyos et exarcias en que las ditas huuas o mosto aportadas auran de la qual pena si se acaescera sea la tercera part de los muros de la dita ciudat et la otra tercera part de los jurados de la dita ciudat et la otra tercera part del acusador la qual tercera part del dito acusador los jurados qui son agora o por tiempo seran de la dita ciudat sian tenidos de pagarlo de los bienes del delenquent en continient feyta la dita acusacion o denunciacion entregament et complida. Et qualquiere que vendra con las ditas bestias con las sobreditas huuas o mosto segunt dito yes encara que no sian suyas las ditas bestias ni las ditas huuas ni el dito mosto que sia encorrido en pena de mil sueldos diuididera segunt que las otras penas de suio son diuisas. El qual paramiento sobredito los jurados et los procuradores de la dita ciudat han jurado observar et fer observar perpetualment sien remision alguna. Queriendo enpero que todos los otros paramientos estatutos faulantes de huuas mosto o uino sean et finquen en su firmeza et valor sino siet enquanto el present paramiento podiesse seyer derogado en todo o en partida excepto enpero las decimas et promicias.

DE DULATERIA DE BESTIAS GROSAS

Attendientes et considerantes que las yerbas de los términos de la ciudat de barbastro assi en propiedat como en possesion se pertanyen a disposicion de la dita ciudad por fazer en et de aquellyas segunt que de cosa suya propia et á sus propias voluntades segunt que mas largamient paresçe por tenores de los privilegios et gracias por los senyores Reyes ante pasados a los habitantes o habitadores de la dita ciudat otorgados. Et pues que así son comunes las ditas yerbas a la ciudat como universidad et no a singulares como singulares Et es cosa justa et razonable quel comun de la dita ciudad se hayude a sus necessidades de las ditas yerbas como de cosas suyas propias. Estatuimos et ordenamos que qualesquiere vezinos et habitadores de la dita ciudat et otros qualesquiere de qualesquiere ley estado o condicion sian que en los terminos de la dita ciudat meteran dulateria de mulas mulos potros asnos o de qualesquiere natura de bestias grosas que pague dotce dineros por cada cabeça que dentro los terminos de la dita ciudat El apresto ayan adverar los senyores de las ditas bestias grosas mediant sagrament al prior de los jurados de la dita ciudad dentro espacio de tres dias apres que sera dentro los ditos terminos contaderos. Et aquesto dius pena de cinquanta sueldos por cada cabeça divididos la meytat por a los jurados et la otra meytat por a la obra de la murallya.

PARAMIENTO CONTRA LOS VENIENTES CONTRA LOS OFFICIALES ET BIEN PUBLICO DE LA CIUDAT

Actendientes et considerantes que en los tiempos passados por dar consellyo fauor et ayuda los vecinos e habitadores de la dita ciudat contra las buenas e legitimas ordinaciones feytas estatuidas et ordena-

© Biblioteca Nacional de España

das por el consellyo de la dita ciudat tocantes et concernientes tuycion deffension et augmentacion del bien publico de aquellya et encara contra los justicia et jurados de aquellya Et así mesmo por descobrir et dexelar las cosas secretas comendadas en consellyo la dita ciudad et singulares de aquellya ne son venidos a grandes et irreparables destrucciones et inconvenientes et es muy necessario prouedir et remediar en lo sobre dito de condecent remedio Por esto statuyoron et ordenoron que qualquiere persona vezino et habitador de la dita ciudad de qualquiere ley estado o condicion sia que sia tan ossado que con alguna persona de qualquiere ley grado digidat *(sic)* o condicion sia que sia uenicent contra el bien publico de la dita ciudat et justicia et jurados de aquellya o alguno dellos usando de sus officios et por causa de los ditos sus officios fara part o dara consellyo favor et ayuda paladinament o esconda directament o indirecta o descobrira o dexelara las cosas secretas comendadas en consellyo que sia en continent preso et no sia dado sobre fiança de dreyto. Et aya interrogacion lugar siquiere concorran los casos del fuero siquiere no. Et que en los casos sobreditos e en cada uno de aquellyos todo hombre de la dita Ciudat pueda fazer testimonio no contrastant el fuero que vieda los personeros de la demanda no poder fazer testimonio contra el acusado. Et contra tal malfeytor el procurador de la dita ciudad faga et pueda fazer part legitima. Et vaya el pleyto estando preso entre que aquel sia por diffinitiva sentencia absolutoria o condenpnatoria terminado. Et si tal malfeytor como dito yes entrara en casa de alguno de la dita ciudat o en infançonia alguna dentro de la dita ciudat et terminos de aquella quen de sia luego sacado et leuado á la prision del senyor Rey scusaciones et deffensiones legitimas foralment al dito malfeytor admesas en todo el sobredito. Et si por su conffession o por testimonios legitimos et fidedignos por la justicia presentes los jurados de la dita ciudat o la mayor partida sera trobado culpable del maleficio que seya acusado sia enantado contra ell a condepnación de muert o a otra pena corporal pecuniaria o en bienes segunt la calidat del dito delicto que por el seya perpetrado requerra a conoxença del consellyo de la dita ciudat o de la mayor partida Et tal malfaytor como dito yes sia priuado perpetuo del consellyo et concellyo de officio et beneficio de la ciudat. Item estatuyoron et ordenoron que si tal malfeytor como dito yes perpetrado el malefficio fuyra o se absentara et no querra venir antel justicia sacados tres uegadas et por tres dias continuos por la part—po conplir dreyto personalment o si al dito justicia bien ius? seya los ditos tres dias cotinuos et vint mas no parescera personalment que sia hauido por confesso del maleficio del qual acusado o delado seya. E del absent así como si fuese present sia dada sentencia contra el por el dito justicia assi como confesso del crimen del qual sera acusado o delado la qual sentencia sia luego scripta en el libro de la cort e cada que parescera o preso seya delli adelant/ o seya trobado en la dita ciudat o en sus terminos o en cualquiere otro lugar que la dita sentencia contra el dada sia leuada a deuida execucion et en los sobre ditos casos e cada uno dellyos no haya lugar firma de dreyto

(Continuará.)

Por la copia,

MARIANO DE PANO.

© Biblioteca Nacional de España

EXCURSIONES PIRENAICAS

CAPÍTULO XIV

La tregua

Sirviéranme de alimento cuotidiano las flores de loto y viérame en delicioso jardín perfumado por las más selectas plantas de la Arabia en el que gentiles vestales olímpicas diéranle animada vida, sin que el narcótico de la patria, ni el bullicioso juguetear de las ninfas, fuera bastante á disipar momentáneamente el recuerdo de donde mecióme la cuna en los albores de la niñez.

De la delicada envoltura que cubre la infancia, emerge cual solitaria flor inmaculada, nacida en verde floresta, la epopeya angelical de la vida; aquellos inmarcesibles días cuya diafanidad no empañaron sino difuminadas contrariedades, sirven hoy de incentivo poderoso al narrarlas con los desperdigados y exiguos camaradas que aun respeta la irreductible Parca.

Casas destartaladas, árboles que doblan el ramaje por el peso de los años, arroyuelos que parecíannos torrentes, montes que ha empequeñecido el parangón de otros que se elevan en horizontes más dilatados, traen recuerdos que se deslizan por ignotos caminos y afluyen en tropel al cerebro deseosos de ser cada uno el porta-estandarte de nuestra felicidad pasada, y es, que la aurora de la edad temprana, esfuma los vestigios más

© Biblioteca Nacional de España

pequeños de amargura y deja sólo la sonriente huella de la juventud. Por esto, al dejar hoy de cabalgar por los abruptos montes, quisiera disfrutar de la belleza del campo cultivado y del placer que le produce al labriego la compensación á sus desvelos y quisiera compartir con él sus penas y alegrías y ser copartícipe del calor que irradia de su tostado seno, que trasmite á cuantos le ayudan en la ruda faena; y con más interés, por el recuerdo que ofrece el contraste de la vida de los pueblos agrícolas con el de los industriales, en los que hasta el amanecer y el crepúsculo de la tarde presentan á los ojos del observador diferente aspecto. Vamos pues á presenciar la recolección de los cereales y á este fin dedicaremos por completo el día viendo los detalles más pequeños que nos interesen, y para lo cual, antes que los primeros rayos del astro del día disipen el oscuro cendal del firmamento, debemos estar dispuestos á seguir á uno de los diversos grupos cuando estén dispuestos á partir.

El sultán de los corrales es el primero en anunciar el nuevo día con su agudo canto avisando á sus compañeros de serrallo la aparición de la aurora; las insectívoras golondrinas le secundan gorgeando en los aleros de los tejados; el ruiseñor en las laderas de los ríos apenas interrumpe el trino; la perdiz y la codorniz reclaman á sus congéneres de los montes inmediatos y el compañero del mísero labrador modula la primera letra de nuestro alfabeto. El zagal de la diligencia que conduce á la estancia más próxima del ferrocarril multiplica los golpes de aldaba sobre las puertas donde descansan los viajeros y la hornera usa de la misma señal en las casas donde turnan en el amasijo del pan.

Traillas de perros de diversas castas se congregan en medio de las calles haciendo alarde de la agilidad de sus piernas, mientras que el astuto gato tiéndese á lo largo del arroyo acechando el vuelo rastrero de incautas golondrinas que le sirvan de desayuno.

Suena la del alba en la ennegrecida torre popular y solícitos y alegres, restañándose los entreabiertos ojos preparan los hijos de la diosa Céres los aperos y las provisiones del día. Un cordón interminable de hombres, mujeres y niños, precedidos de mulos, asnos y bueyes cargados con enseres del trabajo, se alejan del pueblo antes que el sol bañe sus frentes y los rayos de éste iluminan ya los selváticos montes y los pintorescos valles del Pirineo de cuyos picachos no ha desaparecido

© Biblioteca Nacional de España

completamente la nieve del invierno. Sigámosles, la distancia que hay que recorrer es corta y el sitio ameno y no lejos de donde las aguas del caudaloso río se oxigenan al chocar contra las rocas.

Sobre pequeña eminencia se destaca largo edificio y de no mucha altura; las principales fachadas corresponden con la salida y puesta del sol; la puerta de entrada está situada al oriente y le precede la límpida planicie de la era; á derecha é izquierda del pajar están diseminados trillos, rulos, horcas, palas, cribas, escobas y rastrillos. Todos los reunidos se afanan por extender sobre la superficie circular los haces de mies desprendidos de la fajina; entre tanto, el que ha de dirigir la operación de la trilla, examina si los pequeños trozos de pedernal están sujetos á la tabla de pino, quita los que encuentra flojos para sustituirlos por otros y rellena los huecos que halla vacíos.

Collerones hechos de trapo y de paja son los atalajes del ganado que sirven para sujetar con cuerdas los trillos y los mulos unos á otros y de la cabeza de uno de estos prende el ronzal cuyo extremo libre agarra el gañán con la mano izquierda mientras que con la derecha empuña la fusta, hace describir al ganado innumerables circunferencias concéntricas y excéntricas hasta que la superficie que cubren tallos y espigas queda nivelada.

El mozo de mulas da comienzo al canto peculiar de la trilla y el ganado emprende el trote que solo suspende durante pequeños intérvalos, cálanse los chiquillos el anchuroso sombrero del segador y siéntanse sobre las maderas trincas; los más atrevidos de pie y de medio lado con las piernas abiertas, teniendo por topes los travesaños del trillo, hacen equilibrios cual si estuvieran á bordo de un buque durante la tormenta.

La mañana avanza y la cigarra no cesa en denunciar el ascenso de la escala termométrica; los pájaros silenciosos se ocultan en el fondo del arbolado ó entre la espesa maleza de los arroyuelos; periódicamente arrulla la tórtola; á intervalos el ruiseñor entona melodioso canto para alegrar á la compañera que cobija los huevecillos; miriadas de grillos y saltadores que pueblan los rastrojos congréganse en torno de la era con las legiones de hormigas que están haciendo su agosto: es la hora del trago ó de la *chiza*. Por los tostados rostros de los campesinos discurren regueros de sudor; la bota, el porrón ó el botijo pónense en continuo movimiento para mitigar la sed, el

© Biblioteca Nacional de España

ganado descansa y el sol que le substituye en el trabajo hace crujir la caldeada y brillante paja.

Repuestos algún tanto invierten una hora escasa para terminar la trilla dando repetidas vueltas á la dorada paja. El trabajo va á suspenderse, pero antes de la tregua, para satisfacer las necesidades del estómago, la familia toda, los auxiliares y alguno que otro de las fincas colindantes con quienes andan en buenas relaciones, se aúnan para hacer con prontitud la *cogida*, que consiste en amontonar las más de las veces en la parte sur de la era (que es por donde sopla de ordinario el viento) la mies desmenuzada, mezclada con las sustancias térreas desprendidas del pavimento.

A la sombra del clásico nogal, del olmo, ó á la del pajar cuando faltan aquéllos, y en el santo suelo ó sobre los trillos, el ruejo, el cuartal, los cuévanos ó piedras sueltas, siéntanse los interesados formando delicioso cuadro para depachar la frugal comida y el abundante traguear que interrumpen muchas veces cuando asoman oleadas de viento, y si éste arrecia olvidan los alimentos y afanosos levantan en alto la paja con las horcas ladeadas, formando una muralla desprovista de semilla, y celebran con frases alegres el tormento que les causan las aguijoneadas aristas que se introducen por sus cuellos.

Cuando las palas sustituyen á las horcas y el limpio y rubicundo fruto está formando un montón, sobre ásperas sábanas de cáñamo se criba y se mide para saber á cuánto *tira el tercenal*. Si el resultado colma sus deseos no hay dicha comparable á la suya.

De nuevo vuelven á reunirse donde antes comieron y cenan tranquilamente y refieren anecdotas y episodios de su vida sencilla, con el gracejo que acompaña á la naturalidad, y ríen y cantan y proyectan mejoras futuras, dejando extenuada la bota con tantas libaciones, hasta que rendidos por el excesivo trabajo y el calor, unos duermen en el pajar y otros en el duro suelo contemplan las estrellas y la vía láctea y al dormirse sueñan lo que no pueden soñar los potentados, que no hay felicidad comparable á la tranquilidad que Dios proporciona á quien se sacrifica en holocausto de la familia. Pero este incomparable cuadro no siempre tiene el término señalado. Cuando mayor es el sacrificio, mayor es la prueba que aflige al menesteroso, después de sufrir las inclemencias del tiempo, de esforzarse para conseguir semillas y abonos, de esperar la benéfica lluvia que facilite la germinación y desarrollo de las plantas, le

© Biblioteca Nacional de España

acosan las aves durante la siembra, el frío y el calor, las aguas y las tormentas, las plantas esquilmadoras que crecen á espensas de la utilitaria, las hormigas y gorriones, los ratones y el gorgojo, todos tienden á mermar el beneficio del débil, y si esto fuera todo, diérase por muy satisfecho, pero hay más, á los elementos no siempre puede el hombre ponerles valladar y cuenta con descartar ó restar éstas que considera partidas fallidas; lo duro, lo terrible, no está en los elementos ni en los animales dañinos, sino en sus semejantes. El fisco, representante de la entidad absorbente que se llama Estado en los países mal administrados, exige además del impuesto, recargos exorbitantes por la morosidad en el pago de quien no puede satisfacerlos y cuando vuelve de su sorpresa al ver diezmada la cosecha, aparece la terrible y fría amenaza de ese engendro de perfidia humana, llamado usurero, cuyo atrofiado corazón no perdona ni los lamentos de seres desvalidos, ni las razones en que se funda para pedir una tregua el laborioso padre, ni los sollozos de la atribulada madre que ve arrebatar el poco pan de sus hijos, trocando los días de júbilo de la familia en otros de pesar y de amargura.

VICENTE CASTÁN.

© Biblioteca Nacional de España

IMPUREZAS DE LA REALIDAD

Á un pueblecillo de la montaña fué á misión uno de los predicadores más famosos de la provincia, el cual, habiendo averiguado que en aquel valle se había extendido el vicio antipático de la usura, creyó muy oportuno comenzar sus sermones arremetiendo furiosamente desde el púlpito contra la fea costumbre de prestar el dinero con subido interés y describiendo con los más vivos colores los horrorosos castigos que en la otra vida esperan al que en ésta se dedica á tráfico tan repugnante. Al acabar el primer sermón, acercósele, en la propia sacristía, el usurero más calificado de la comarca, el cual felicitó calurosamente al misionero diciéndole: «bien, mosen Fulano, muy bien; así, así debe predicarse; ¡duro, duro contra esos prestamistas!» Uno de los que oyeron estas frases, hombre que trataba con mucha confianza al descarado usurero, dirigióse á éste en secreto y le preguntó: «pero, so..... ¿cómo te atreves á excitar aún al predicador para que hable contra la usura?» Y el usurero contestó: «precisamente es lo que me hace falta en este pueblo, porque de poco tiempo acá, han salido dos ó tres usurerillos, los cuales me hacen la competencia, al ofrecer dinero á interés mucho más bajo que el que ofrezco yo; si por estas misiones se consiguiera que ellos se retiraran, los de este pueblo no tendrían más remedio que acudir á mí.»

* * *

No cuenta la historia si los tales usurerillos, que ofrecían el dinero en condiciones más ventajosas, se retiraron ó no se retiraron; mas lo cierto es, que el caso basta para sugerirnos una lección de experiencia que en materia política no hemos aprendido bien los españoles.

© Biblioteca Nacional de España

Nadie se atreverá á negar, que para que exista algún orden en nuestra patria, es indispensable que alguien se tome el trabajo de gobernar, alguien que dejándose los asuntos propios dedique sus actividades á servir al común; en una palabra, que son necesarios los *políticos*. Pero tampoco es posible negar, que nuestra conducta se preste á ser aprovechada, de un modo indirecto, como las misiones de aquel famoso predicador.

¿Se nos ocurre alguna vez pensar si hacemos el caldo gordo á nuestros grandes caciques voceando á la contínua contra todo político de cualquier casta y denigrando á todo bicho viviente que sale á la plaza con intento de mezclarse en la política? Si á todo el que emprende esa carrera le plantamos en la espalda un rótulo infamante que no pueda consentir persona de honor y dignidad, ¿quién, que tenga rastro de vergüenza ó de decoro, se presentará á servir los intereses públicos?

El remedio de nuestros males como nación organizada, no está en que todo el mundo pretenda sacudir las responsabilidades maldiciendo de la política y marchándose á su casa; mientras sigamos ese método, nos exponemos á que los caciques más recalcitrantes ejerzan solos el monopolio de la política en las condiciones más ominosas; al revés: al cacique que nos sirva caro y mal, es preciso oponer otro que lo haga más barato y mejor, aunque sea cacique: no exijamos hombres de tipo ideal, sino los menos ruines que la realidad nos depare. No obtendremos sensible progreso en la gobernación del Estado, hasta que no nos decidamos á apoyar resueltamente á otros jóvenes ó nuevos que ofrezcan precio más bajo y más útiles servicios.

Si de un modo absoluto nos empeñamos en hacer insoportable, á toda persona decente, el que intervenga en la gestión de los intereses públicos, no tendremos más remedio que aguantar al empedernido cacique, el cual nos estará diciendo: «duro, duro contra el caciquismo; así, así: denigrad á los políticos; plantad un estigma á todo el que se atreva á inmiscuirse en las tareas de dirigir á las gentes. Es el único modo de continuar mi oficio con plena tranquilidad y sin competencia alguna.»

DR. BRÁYER.

© Biblioteca Nacional de España

SARICA LA BORDA

(NOVELA DE COSTUMBRES ARAGONESAS)

I

Cuando se levantó de la siesta en aquella calurosa tarde de Julio el noble infanzón de Cerrillares Don Julián Pérez de Zapata, después que se hubo lavado y bebido un vaso de limón, tomó el roten, se puso el ancho sombrero de fieltro gris y se dirigió á la casa de su primo el Padre Don Bernardo que se alzaba no lejos de la suya en uno de los callizos que dan á la vega.

Era una modesta casita con huertecillo anejo. Ocupaba el primer piso la habitación del exclaustrado, compuesta de sala con balcón á la calle y profunda alcoba: rodeaba tres de las paredes de la sala, á modo de friso, á la altura de la cabeza, una colección de mapas pegados unos junto á otros y orlados por una cinta de color de rosa claveteada con tachuelas doradas; encima de los mapas colgaban algunos cuadros de santos, y en lugar preferente, interrumpiendo el friso, un Santo Cristo de talla bajo dosel morado. La pared frontera estaba totalmente cubierta por sencilla estantería llena de viejos volúmenes encuadernados en pasta y en pergamino.

Inclinaba el Santo Cristo la doliente cabeza sobre el reverendo Padre que sentado en ancho sillón con asiento y respaldo de cuero trabajaba ante espaciosa mesa de grueso tablero de nogal con patas recortadas y travesaños de hierro. Algunas sillas de anea, un reloj de caja y una cortina floreada sobre fondo negro, que cerraba la alcoba, completan el mobiliario.

Cuando penetró Don Julián en la sala se hallaba su primo Don Bernardo muy ocupado en clasificar un montón de plantas cogidas aquella mañana que tenía sobre la mesa, las cuales iba examinando una por una, ayudándose á veces de un grueso lente, y después las colocaba con sumo cuidado entre sendos pliegos de papel de estraza acompañadas de su etiqueta, y formando con los pliegos una pila cargaba sobre ella algunos de los más voluminosos infolios que tenía á mano.

Algunas veces la operación sufría largas dilaciones y esto ocurría en la ocasión presente; hacía media hora que el exclaustrado se desojaba mirando con el lente una diminuta florecilla de pétalos rosados, no mayores que puntos de escritura, y tenues filamentos que le daban el extraño aspecto de un mosquitillo

Dejaba el lente, miraba la clasificación de Linneo, leía algunas palabras y volvía á examinar la pequeña planta que colocaba unas veces sobre un papel blanco y otras en la negra manga de la chaqueta para percibir mejor sus microscópicos órganos, y tan preocupado andaba con la solución de aquel importante problema que pensaba en voz baja.

No, no era la *saxifraga petræa* como hacían sospechar sus gruesos pedículos más cortos que el cáliz ni la *tridactylites*, á pesar de su verde claro y de tener los lóbulos de las hojas divergentes, ni la tal, ni la cual, con las cuales podría confundirse. ¿Sería una especie nueva no clasificada todavía por botánico alguno?

Lo más raro del caso es que se había encontrado sorprendido con aquel tesoro que trajo revuelto en el fajo de hierbas de su caja sin darse cuenta de cómo y dónde había arrancado la preciosa florecilla.

Precisamente aquella mañana se había propuesto recoger algunos ejemplares de especies bien conocidas para completar el herbario de la flora cerrillarense que tenía ofrecido al boticario de Viver, grande amigo suyo y compañero de excursiones botánicas cuando regentaba la farmacia de Albudea, y

© Biblioteca Nacional de España

que ahora herborizaba en la sierra de Viver, á donde le había llevado el ejercicio de su profesión.

Sin duda crecía el diminuto vegetal entre las raíces y medio oculto en las hojas de un ejemplar del *senetio minutus* y fué arrancado á la vez que su compañero sin que su mano temblara de emoción, de emoción como la que ahora sentía, y la cosa no era para menos, porque indudablemente se trataba de una saxífraga desconocida en el mundo científico á quien él, modesto é ignorado botánico de Cerrillares, iba á sorprender ofreciéndole una nueva y curiosísima variedad vegetal á la que daría su nombre, el suyo, se llamaría Bernarda, sí, *Bernardita*. Y en aquel momento se sentía más feliz que el astrónomo Herschell cuando descubrió el planeta Urano.

Tan ensimismado estaba en sus reflexiones el Padre Bernardo que no advirtió la entrada de su primo Don Julián; por su parte el visitante, al verle tan preocupado, no quiso interrumpir su interesante labor; era tal el respeto y veneración que su sabio pariente le inspiraba que juzgara grosería y casi profanación distraerle de su científica tarea para hablarle de las pequeñas miserias de familia que á él, hombre vulgar, tanto le preocupaban.

Sentóse Don Julián sin hacer ruido, sacó la petaca y de ella un cigarro puro que cogió entre los dedos de la mano izquierda y empezó á picar con una navajilla, recogiendo las virutas en el hueco de la palma. Desmenuzó la picadura restregándola entre ambas manos, como si fueran las piedras de un molino, sacó un librillo de ancho papel de Alcoy y lió despacio una mediana tranca que se preparó á encender.

El ruido del pícaro mixto de Cascante al estallar rozando sobre la arenilla de la caja hizo levantar la cabeza al Padre Don Bernardo.

—¡Hola, Julián!, ¿estabas tú ahí?

—Sí, hombre, sí, aquí me tienes envidiando lo feliz que eres entre tus hierbas y tus librotes.

—¡Feliz! no te digo que no, y en este momento casi puedo afirmar que lo soy; figúrate que acabo de descubrir una especie nueva en esta diminuta planta que casualmente recogí en el monte: ¡ya ves en qué pequeña cosa consiste la felicidad!—y cogiéndole con las pinzas le mostraba el delicado tallo de hierba en flor—y así son todas las dichas de este mundo, casi nada; un adarme de materia organizada basta para producir una oleada de alegría en el corazón, en este pobre corazón humano á quien calumnian de insaciable porque no se harta con las riquezas de Creso.

—Sí, sí, tú predicas muy bien, pero.....

—Pero no doy trigo ¿verdad?; vamos á ver, ¿qué especie de trigo necesitas tú que vas á abarrotar este año los graneros y que yo te pueda dar?, ¿qué te pasa?, parece que traes cara de pocos amigos, ¡vamos, habla!

—Venía á hablarte de mi hijo.

—De Jenaro, me lo figuraba; sé que está en el pueblo, aunque no ha venido todavía á verme, pero no me extraña, supongo que le interesará más ver á otras personillas que al renegón de su tío.

—Quise traerle conmigo, pero me dijo que quería dar una vuelta por las eras.

—¡Hola!, de cuando acá le interesa tanto la trilla de las mieses? Después de todo has hecho bien en no traerlo, así hablaremos con más libertad, y tiempo tenemos para sermonearle después, porque supongo que habrá perdido el curso como de costumbre.

—El curso y la carrera y la vergüenza, que es lo último que se puede perder; á mí se me ha acabado ya la paciencia y á poco más acabaré por perder el juicio. Figúrate que al cabo de siete años de Universidad y cuando ya le había mandado al granuja hasta el dinero para sacar el título, salimos ahora con que no se ha graduado ni puede graduarse porque apenas tiene aprobadas la mitad de las asignaturas. ¿Te parece que no tengo motivo para....?—y siguió desahogando la bilis que amenazaba anegar en olas de amargura su corazón de padre.

El exclaustrado que le oía con mucha calma metió entre tanto los dedos pulgar é índice en la tabaquera y tomando un polvo lo sorbió ávidamente por ambas fosas nasales; desdobló en seguida un pañuelo de cuadros azules y se preparó á recibir la descarga.

© Biblioteca Nacional de España

En el momento en que terminaba Don Julián su discurso exclamando—¿Qué me dices de todo esto, Bernardo, que me dices?—sonó el cañonazo cuya metralla recogió cuidadosamente el exclaustrado entre los dobleces del pañuelo, abierto como un libro, que volvió á cerrar y guardó muy despacio en el bolsillo: después apoyando ambas manos en los brazos del sillón y echando atrás la cabeza contestó con mucha pausa.

—¿Qué te digo? Que todos los padres son tontos menos el Padre Eterno.

—¡Bernardo!—gritó furioso tirando el cigarro que se le había apagado.

—¡Cálmate! viniste á pedir medicina, te apliqué el cauterio que necesitabas, no te quejes del doctor.

—¡Pero considera.....!

—Todo lo considero, escucha: hace siete años esperaba este momento que había de llegar si antes no moríamos tú ó yo. Dios en su infinita bondad ha permitido que yo presencie tu curación y coopere á ella y quiera El que lleguemos á tiempo para lograr la completa salud de tu hijo. Estabas enfermo de vanidad, de mísera tontería humana, te empeñaste en tener un hijo abogado porque así lo exigía el lustre de la familia: un Pérez de Zapata y Franco de Viver no había de ser menos que doctor *in utroque*, ya que no podías hacer de él un Gobernador de Aragón ó un Vicealmirante de la armada, como alguno de nuestros antepasados. Pero el chico no era de esa madera y fué locura querer injertar el delicado albaricoque en áspero patrón de membrillera; eran de distinta familia, no podían dar fruto; antes por el contrario se llenó de miseria, perdió la energía y robustez primitivas que bien encauzadas pudieron dar opulentas peras romanas y el presunto letrado injerto en labrador vuelve hoy á su casa con la cabeza exhausta de ideas y el corazón leprado de vicios; inútil y temerario fué tu empeño y es justo que lo pagues. Y después de todo ¿para que querías un abogado en casa? porque supongo que no te harías la ilusión de que tu hijo iba á brillar como una lumbrera en el foro de la capital ausentándose para siempre de este pueblo donde tú, único representante de una raza de hidalgos campesinos, morirías solitario y triste, con la inmensa tristeza del que ha matado la honrosa tradición de su familia condenándola al absentismo. Y si al cabo había de volver á tu lado ¿de qué le serviría en este pueblo su título sino para tenerlo colgado sobre el sofá de tu sala? Por último, si quieres hacerte la ilusión de que lo has conseguido, tu hijo se encargará de traerte un pergamino falso, como ha sabido hacerte pasar certificados contrahechos, y al fin y á la postre la cuenta será la misma, tan papel mojado el título falso como el legítimo

—¡Es verdad, Bernardo, es verdad! no me agobies más con la fuerza de tus argumentos, tienes razón, estoy convencido, estoy curado, como tú dices; pero ¿y Jenaro? ¿qué vamos á hacer de Jenaro? para ese enfermo busco ahora la medicina.

—A eso iba, Julián, y de eso tenemos que tratar muy seriamente; pero si te parece tomaremos antes chocolate, son las cinco y media, encargaré que lo bajen al huerto, donde ya se ha puesto el sol, y allí hablaremos de largo.

—Como quieras.

Y el exclaustrado después de recoger cuidadosamente en el cajón de la mesa la futura *Bernardita*, se levantó del sillón irguiendo su arrogante estatura.

Parecía uno de esos gigantes bloques esculpidos por las filtraciones seculares del río Piedra en las paredes y bóvedas de sus grutas; sus facciones eran puras y enérgicas, la musculatura recia, el ademán noble, resplandecía en sus ojos la luz de la inteligencia y en sus labios la sonrisa de la bondad. Los setenta años de edad pesaban tan poco sobre su privilegiado organismo como la ligera sotana sobre sus robustos hombros y los mechones blancos sobre su erguida testa.

Había pasado su juventud en el vecino Monasterio de Nuestra Señora de Piedra, donde ingresó desde niño, aspirando por los poros de su cuerpo y de su espíritu la lozanía, el vigor, el sentimiento, la savia y la hermosura de aquella vegetación espléndida, de paisaje agreste y risueño, de aquel oasis misterioso de líneas, sombras, matices y rumores incomparables y la influencia del me-

© Biblioteca Nacional de España

dio compenetrando la personalidad intelectual y sensible del monje Bernardo, había creado en él una segunda vida sobrehumana, una mística contemplación de Dios á través de los más tupidos velos naturales, una teología cosmológica que, sin resabios de panteísmo, iluminaba con resplandor meridiano los más profundos misterios de la naturaleza y de la vida. Su libro favorito era por entonces El Genio del Cristianismo.

No era sin embargo hombre soñador teórico; todo al contrario, había en él, por natural tendencia de su bondad, un vivo deseo de utilizar sus conocimientos en beneficio de sus semejantes, estudiando para ello con tanto ó más interés el lado práctico como el ideal de las cosas.

Ejerció durante los últimos años de su vida monástica el cargo de cillerero ó mayordomo de la comunidad y en tal concepto tenía á su cargo la administración de las extensas granjas del Monasterio, en las cuales introdujo nuevos métodos de cultivo y mejoró las especies frutales importando variedades desconocidas en el país, con gran provecho de la casa y de sus colonos.

Conocía prácticamente todas las labores del campo y nadie le ganaba en el arte de injertar, en el cual era consumado maestro.

Se complacía ahora en prodigar sus consejos y lecciones á los labradores del contorno; á éste le aconsejaba enmendar su finca con arena y al otro escasear los riegos, proponía á uno la selección de simientes y al de más allá el uso de los abonos minerales.

No era la botánica para él mera chifladura de aficionado, ni la única rama de las ciencias naturales que cultivaba; interesábale también la geología y estudiaba las formaciones de los terrenos y de las rocas, sobre todo en cuanto los datos científicos podían servirle para el alumbramiento de aguas, materia que le merecía especial atención; más de cuatro fuentes fueron alumbradas por él, y alguna llevaba su nombre; supo acrecentar otros pequeños manantiales, y por su consejo y bajo su dirección empezó á explotarse un antiguo manantial de aguas medicinales que ha dado origen á importante balneario de la comarca.

Cuando el huracán de la revolución sopló sobre los viejos monasterios y conventos, hacía de esto treinta años, ahuyentando á sus habitadores, el Padre D. Bernardo abandonó con dolor su encantada residencia de Piedra y fué á refugiarse en la modesta casa de Cerrillares que le cedió su pariente Pérez de Zapata; y con los restos de la biblioteca y algunos muebles y cuadros, que pudo rescatar de manos del pillaje que invadió el monasterio, instaló su nueva celda, donde había de pasar el resto de sus días entre los recuerdos del pasado, pero con la mirada puesta en el porvenir.

Con menos obligaciones, porque el cargo de beneficiado que tenía en la parroquia no le ocupaba tanto como el de cillerero del Monasterio, le quedaba ancho vagar para dedicarse á sus estudios favoritos y seguir sus ingénitas aficiones.

Durante dos años estuvo encargado de la educación de sus sobrinos Jenaro y José María, hijo este último de D. Manuel de Verospe, avecindado en Ginestar: ambos niños tenían diez años cuando se pusieron bajo la dirección del Padre Bernardo para completar su instrucción elemental, harto descuidada entonces y ahora en las escuelas rurales, y prepararse para el estudio de la segunda enseñanza.

Dábales en casa lecciones de geografía, historia sagrada y gramática y hacía largas excursiones con ellos por la vega y por el monte donde explayaba ante sus jóvenes alumnos aquel tesoro de ciencia de la naturaleza que con tanto afán había adquirido, exponiéndoles con palabras sencillas y atractivas las más arduas lecciones de cosas.

Les explicaba el importante papel que las plantas desempeñan en la historia de la tierra; cómo ese tapiz vegetal que la cubre no es solamente una espléndida decoración de la escena del mundo, sino un complejo y armonioso conjunto de organismos cuya variada textura puede modificar los imperios y transformaría muy pronto la tierra en un desierto, si el hombre abandonase durante algunos años tan sólo la dirección de esas poderosas energías.

Les hablaba de la lucha tenaz é implacable

© Biblioteca Nacional de España

de los seres orgánicos, que es la ley eterna de la vida. Bajo la superficie de la tierra, en el silencio de esa tenebrosa región donde no hay luz, ni tempestades, ni una ráfaga de viento, reina sin embargo la guerra obstinada, sin tregua ni descanso, sin misericordia ni perdón. Millares de raíces se entrelazan como los luchadores del circo y se asesinan lentamente por lograr antes el misterioso manantial ó la sustancia de la tierra fecunda, rodeando hábilmente el duro obstáculo que detiene su marcha ó quebrantando la roca que se opone á su insaciable pasión.

Arriba, cada pradera y cada bosque es un campo de batalla, las plantas luchan por el aire y por la luz, se abraza al enemigo, se le ahoga y se le extrangula coronándole de verde follaje y de elegantes guirnaldas de flores, como se coronaba la antigua víctima del sacrificio.

A la lucha individual siguen las gigantescas batallas campales de especie á especie en que intervienen como auxiliares los vientos y los ríos, las lluvias y los astros.

Los animales luchan como las plantas, uno á uno y millón contra millón, en ejércitos más numerosos que el de Jerges; los pequeños, los grandes y los invisibles, sobre la tierra y debajo del suelo, en las aguas y en los aires, por el tallo de hierba, por el grano de semilla, por el insecto, por la flor, por la carne, por el agua; y el hombre rey de la creación, el *homo sapiens*, lucha también sin tregua ni descanso contra la naturaleza entera y contra sus propios hermanos derramando la sangre y el odio que empapa y abrasa la fecunda tierra cuya posesión se disputa.

Les explicaba cómo, á pesar de esta lucha feroz é implacable, las especies se perpetúan, y los maravillosos medios por los cuales ha dispuesto el Hacedor que las más débiles sean las más fecundas. Les refería las más extrañas costumbres de las plantas, sus raras aptitudes, las anomalías de su organismo y la utilidad que de ellas puede reportarse y haciendo oportuna aplicación de sus variados conocimientos á la existencia humana, además de inclinarles á amar la naturaleza, desarrollaba ante sus pequeños discípulos todo un plan de vida, todo un sistema de moral en armonía con la naturaleza y la razón.

José María escuchaba siempre con gusto las explicaciones del monje y le ayudaba en sus trabajos coleccionistas, mientras Jenaro, si por acaso ponía atención en las palabras de Don Bernardo cuando les explicaba los misterios de la generación de las plantas, se distraía con frecuencia en lo demás y en vez de recoger insectos ó flores, prefería escalar los árboles de los huertos para comer fruta ó arrebatar las crías de los nidos.

Don Bernardo aconsejó á los padres de ambos que en vez de dedicarlos á una carrera literaria, les instruyeran especialmente en aquellos conocimientos útiles para la administración de sus haciendas y algunos otros para no pasar plaza de ignorantes ante las gentes cultas. Don Manuel siguió sus consejos, hizo estudiar á su hijo el bachillerato en artes y después le mandó un par de años á una granja del mediodía de Francia; Don Julián no le hizo caso, se empeñó en que su hijo fuera abogado y ya sabemos lo que pasó.

Mientras nos hemos detenido en describir la personalidad del Padre Don Bernardo, éste había dado las órdenes oportunas á su criada y ambos primos bajaron al huerto, con honores de jardín, que en pequeña extensión de terreno reunía asombrosa variedad de vegetales.

Criábanse allí las mejores legumbres y las más ricas frutas, á la vez que plantas medicinales y de puro adorno; tenía una pequeña estufa para el cuidado de las especies tropicales; se ensayaban en aquel reducido espacio toda clase de abonos y cultivos; había perales y manzanos que daban tres ó cuatro variedades de fruta, una en cada rama; árboles podados en todas las formas conocidas, y en el emparrado que rodeaba las tapias y daba sombra á los paseos toda clase de uvas desde el moscatel y la viuna blanca hasta la garnacha y el colgadero.

En un rincón del huerto, bajo una higuera de anchas hojas, una mesa de piedra rodeada de bancos rústicos servía de cenador ó merendero.

© Biblioteca Nacional de España

En aquella mesa puso la casera la salvilla de azófar con sendas jícaras de chocolate y vasos de agua fresca, bizcochos y esponjados: frente á frente se sentaron el exclaustrado y Don Julián y, conforme iban dando cuenta de la golosa refacción, dieron comienzo á la interesante conferencia sobre el porvenir de Jenaro que duró más de una hora.

De lo que aquella tarde se habló y se proyectó, tendrán muy pronto noticia los lectores en el desarrollo de esta verosímil historia.

II

Cerrillares es el pueblo más granado del pintoresco valle del río Algar, uno de los afluentes del Jalón. Sus casas trepan gateando por la falda del cerro, suave al principio, hasta que las detiene en su marcha ascensional el escarpe de la roca casi cortada á pico y entonces se pegan al monte, se incrustan en él y desaparecen en sus entrañas, dejando ver solamente las puertas y algunas ventanas asomadas á la cortadura del cerro cuyas alternas capas horizontales de yeso duro y deleznable arcilla, más resistentes las primeras que las segundas al desgaste de las aguas, trazan fajas entrantes y salientes semejando gigantesco cornisamiento, sobre el cual se levantan en la cumbre del monte y le coronan restos de murallas y algunos torreones medio derruidos que llaman *cocio-nes* de los moros.

Tiene el pueblo dos plazas casi en sus extremos unidas por una calle no muy ancha con el nombre de Real ó Mayor, que corre paralela al monte, de la cual parten estrechas callejuelas que por un lado bajan hacia la vega y por el otro suben á la falda del cerro y se fraccionan en estrechas cuestas en zigzag que conducen al barrio de las cuevas.

Forman el rectángulo de la plaza alta la fachada gótica de la iglesia sombreada por anchísimo alero y flanqueada de robusta torre mudéjar, la casa del Ayuntamiento con portegado y algunos caserones señoriales. En el centro de la plaza baja, más grande y de figura irregular, se levanta un olmo colosal y centenario, á un lado el muro de derruida iglesia que sirve de juego de pelota y al otro el arco de entrada frente al puente que comunica con la Señoría, arrabal situado ne la margen izquierda del río.

Por cierto que este nombre de la Señoría tiene muy infatuados á los vecinos del arrabal que se figuran quiere significar así como barrio aristocrático, cuando en realidad sólo recuerda que fué en otro tiempo de señorío y sus habitantes siervos de un señor que podía venderlos con las tierras, mientras lo demás del pueblo era realengo y sus vecinos pechaban al rey. Y todavía es más notable que sin que las buenas gentes de Cerrillares se percaten de ello, ni sepan una palabra de la historia medieval de su pueblo la antigua lucha entre la nobleza y la corona se perpetúa entre los habitantes de Cerrillares y los de la Señoría como en los mejores tiempos del feudalismo.

Desde la torre de la Iglesia y mejor desde la cumbre del cerro donde se alzó el antiguo castillo se disfruta de la hermosa perspectiva del valle flanqueado por este lado de cerros grises donde apenas brotan otras plantas que el humilde tomillo, la punzante aliaga, el oloroso espliego, la salvia, el romero y otros menudos representantes de la flora silvestre. Al otro lado del valle se eleva una serie de lomas de tierra rojiza plantadas de viña cuyos verdes pámpanos se destacan sobre el fondo del terreno, y más allá montañas azuladas por la distancia cuyas ondulantes cimas se pierden en el horizonte.

Abajo la vega llana como la palma de la mano, dividida en multitud de parcelas, se extiende entre los cerros grises y las colinas rojas, ora estrechándose, ora ensanchándose según le permiten los montes sus vecinos.

Por el centro de aquella vega pintoresca como una alfombra oriental donde amarillean los rastrojos, verdean los cultivos con diversos tonos, azulean las correntías y rojean los barbechos, salpicada de árboles fru-

© Biblioteca Nacional de España

tales y cruzada en todas direcciones por brazales de riego que brillan reflejando la luz, atraviesa el cristalino río serpeando entre las torcas de chopos, olmos y sauces que bordean sus orillas; una azud le detiene junto al pueblo formando espacioso remanso, tranquilo como un lago, que se despeña en espumosa catarata.

Las pocas casas del pueblo que pisan la alfombra de la vega parece que como avergonzadas de tal profanación huyen á refugiarse en las laderas, y un solo puente de maderos, montado sobre tres macizos estribos de vieja sillería, se atreve á pasar sobre el río para comunicar el arrabal con la *metrópoli*.

Cerrillares, como otros pueblos vecinos, presenta tristes signos de indudable decadencia: algunos viejos caserones semiderruidos que ostentan sobre el arco agrietado de la puerta escudos heráldicos, solares de casas que han desaparecido convertidas en plazuelas ó corrales, una iglesia en ruinas y los rotos arcos del puente sustituídos por troncos de olmo, nos hablan melancólicamente de su pretérita grandeza; son como las cicatrices que la roña del tiempo deja en el pasado glorioso de los pueblos.

A la entrada y salida de Cerrillares escalonadas en la falda del cerro están las eras de trillar, centro de la vida agrícola durante el estío y lugares de esparcimiento en el resto del año, donde pascan los desocupados, que no son muchos, tomando el fresco ó el sol, según las estaciones, juegan los chicos todos los días y los mozos en las fiestas de guardar, al paso, á los descansos, al marro, al trompo, á la estornija, á las birlas y á la barra, según las aficiones de cada cual; no es raro tampoco que se armen bailes junto á los montones de estiércol que depositan allí los labradores y menos raro aún que se entablen batallas campales entre los chicos de Cerrillares y los de la Señoria á pedrada limpia, ya de un extremo á otro de las eras, ya de las eras á los castillos, simulando ataques y defensas de la fortaleza entre moros y cristianos.

En la época de nuestro relato las eras se hallaban cargadas de mies formando en los bordes grandes hacinas terminadas en plano inclinado, á modo de tejadillo, que semejan doradas casitas de nacimiento vistas desde lejos; en el centro de cada una las parvas ocupan ancho círculo, tan grande como lo permite el terreno, y en aquel disco de amarilla paja trotan dando vueltas las yuntas que arrastran los trillos sobre los cuales puestos en pie el gañán ó la muchacha chasquean el látigo y vibran la canción terminada por agudas interjecciones para animar á la yunta.

Otros tornean la parva ó descansan á la sombra de las hacinas y allí están todos en la dilatada escalinata de las eras, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, chicos y chacos, como ellos dicen, ocupados en la alegre faena, bronceados por el sol que lanza sus dardos de fuego desde el amplio azul bañándolo todo y arrancando reflejos dorados de las tostadas mieses.

Sólo quedan en el pueblo algunas madres con sus pequeñuelos y allá abajo en la vega unos cuantos regadores que dirigen el agua por las hileras de patatares y judiares ó la extienden por las tablas de cáñamo y por las correntías, con el calzoncillo arremangado hasta el muslo, subidas al codo las mangas de la camisa, abierto el pecho, con la legona al hombro ó inclinados sobre la tierra, y un grupo de chiquillos *en coritatis* que se zambullen en el río.

En una de las eras más próximas al pueblo, gallardamente puesta sobre el trillo, dirige la yunta y chasquea el látigo una hermosa joven de diecisiete años, rubia como Ceres, esbelta como Diana, ligeramente tostada por el sol como la Sulamita; un pañolito blanco con pintas negras en la cabeza, atado por debajo de la barba, sombrea su delicioso rostro en el cual brilla con intensa expresión el azul de los ojos, otro pañuelo oscuro cubre sus hombros y cruzándose por delante del pecho se anuda en la espalda sobre el corpiño gris, las blancas mangas de la camisa se abrochan en las muñecas, la falda de indiana desciende hasta los tobillos y sus pies desnudos se esfuman entre el polvo del trillo.

Un labrador como de sesenta años, algo

© Biblioteca Nacional de España

más grueso de lo que suelen ser los hombres del campo, y un muchacho de catorce, avispado y despierto, en mangas de camisa, y cubiertas las cabezas con anchos sombreros de paja empuñan sendas horcas y tornean la parva. La moza pone las mulas al paso.

Entre el rumor que producen las canciones lejanas, el trotar de las yuntas, el crujir de las mieses, los chasquidos de los látigos, los resoplidos de las bestias y las agudas interjecciones de los trilladores, llega desde una era próxima una canción entonada por robusta voz con ese aire de lánguido abandono que la jota adquiere bajo la influencia de los ardores caniculares:

Capullico, capullico,
Ya te vas golviendo rosa,
Ya se va acercando el tiempo
de decite alguna cosa.

La muchacha rubia, aunque no ve al cantador, conoce su voz y sabe que aquella copla va por ella; deja pasar algunos momentos y contesta con picaresca intención:

Festejar con una chica
que tenga poquicos años,
es comerse un racimico
cuando la uva está enverando. (1)

El mozo de la era vecina entiende por el tonillo de la respuesta, que aquélla quiere decirle que las uvas están verdes para él, y con más sentido acento y algo enronquecida la voz por la emoción, entonó esta otra:

Dispréciame lo que quieras,
soy como el tomillo, maña,
que lo pisas y lo pisas
y aun prefuma la apargata.

La moza detiene la yunta, baja del trillo y entrega las riendas y el látigo al criado, diciéndole:—No corras mucho Manolo.—Pero el chico no le hace caso, salta en el trillo, arrea un latigazo á los abríos que rompen al trote ligero, mientras él suelta una canción en tan agudo tono que se oye desde media legua.

Si te toca una mujer
esmanotada y lambrota,
más te vale dite al río
y tirate de cocota.

La moza se retira á la sombra que va cayendo del cerro vecino y se sienta al lado de su padre sobre unos fajos, se quita el pañuelo de la cabeza, enjuga el sudor de su cara, y el viento juguetea con los rizos del pelo, recoge las mangas hasta el codo y cogiendo con ambas manos un botijo, levanta los hermosos brazos y bebe á chorrillo un largo trago de agua que al retirar el botijo se le escurre por la barba y baja á refrescar el seno.

—Sarica,—dice el viejo—¿no es Jenaro aquel que sale del pueblo?

—El mismo, padre, y me parece que viene hacia aquí.

—¿Cómo ha tardau tanto en venir este año?

—Dicen que se ha hecho ya abogao.

Por la cuesta que conduce á las eras subía un joven, alto, moreno, de fina barba negra, nariz un tanto dilatada, boca sensual y ojos negros muy expresivos, vestido con traje de lanilla clara, hongo flexible y zapatos de lona blanca; venía jugueteando con el bastón y al divisar á Sara y su padre les saludó con la mano. Pocos momentos después entraba en la era.

—¡Tanto de bueno por aquí Jenarico!—dijo el labrador adelantándose á recibirlo.

—Buenas tardes, tío José; V. siempre tan gordo y tan bueno; y tú Sarica cada vez más hermosa.

La chica se pone más encendida que una cereza.

—Como no sean los disgustos, no sé lo que me engorda, porque mira, desde que se murió la pobre María no he tenido hora buena.

—¿Y la satisfacción de ver crecer y desarrollarse este gallardo pimpollo de rosa? pero ¡chica! ¿no me dices nada?

—¿Qué quiere V. que le cuente, señorito?

—¿Qué es eso de usted y de señorito? ¿Tantos años han pasado desde el otro verano y tanto he subido yo en gravedad para que me trates de ese modo? Yo soy Jenaro, el mismo de siempre.

—Como dicen que se ha hecho abogao....

—Valiente cosa: en cambio tú te has hecho una real moza que de seguro ganarás más pleitos con esos ojos de cielo que yo con todos mis estudios.

La parva estaba trillada y el tío José se acercó á desatar las caballerias ayudado por Manolo; les pusieron las bozaleras con el

(1) Este cantar y los siguientes pertenecen al libro del poeta bilbilitano D. Sixto Celorrio, titulado "Paella Aragonesa."

© Biblioteca Nacional de España

pienso para que no comieran trigo y las ataron á la puerta del pajar, que era una cueva abierta en el cerro; sacaron el trillo de la parva y empezaron á recogerla con los rastros para despejar la era.

Entretanto Jenaro, sentado en los fajos de mies junto á Sara, que le guardaba la visita, emprendió sabrosa plática.

—Ya me tenéis aquí para siempre ¡gracias á Dios que se acabaron los estudios! porque me cargaba tanto ir y venir á Zaragoza: ahora no tengo que salir ya del pueblo y no me queda otro quehacer en esta vida más que cuidar de mis padres y de mi hacienda... y quererte á tí mucho.

—¡Embustero!

—No me digas eso, Sarica. Eres la chica más guapa y serías la más buena que he conocido si conmigo no fueras tan desdeñosa. Ninguna mujer me ha llegado al corazón como tú y por ninguna sería capaz de hacer lo que estoy dispuesto á hacer por tí; pídeme las pruebas que quieras y pronto te demostraré que te adoro más que á mi vida.

—Embustero, embustero y embustero, ¡á cuántas habrás dicho lo mismo!

—Podrá ser que lo haya dicho.....en broma; pero de veras, con toda el alma, te juro que sólo lo he dicho á dos mujeres en el mundo: á mi madre y á tí, y á ninguna de las dos he engañado ¿me crees capaz de engañar á mi madre? pues tampoco puedo engañarte á tí, Sarica, por que si ella me dió la vida tú sola puedes darme la felicidad del vivir. Contesta de una vez ¿me quieres?

—Jenaro, Jenaro, no me ahugerees más los oídos con palabras que me hacen sufrir, porque no las puedo creer, porque no las debo creer: bien quisiera que por un oído me entraran y por otro me salieran como tantas otras que oigo, pero son tuyas y no las puedo despreciar y por eso me hacen daño.

—¡Quiéreme Sarica!

—No, Jenaro, yo no puedo quererte de amor, ya lo sabes, y aunque te quisiera no te lo podría decir. Estamos muy lejos el uno del otro; no puedo ser tuya ni tú puedes ser mío á la cara del sol; aunque soy muy chica se me alcanzan esas cosas, y no pensarás tampoco hacer conmigo lo que dicen que has hecho con otras, porque entonces no me querrías y yo te aborrecería con todo el alma.

—No, eso nunca, te lo juro.

—Pues bien, Jenaro, no pienses más en mí, soy muy chica para casarme y cuando me llegue el tiempo no me faltará uno de mi par igual que me quiera por mujer: tú has acabao ya tu carrera y dices que te vas á quedar en el pueblo, no tienes vocación de cura y te casarás, pues entonces búscate una novia, pero ¡que te voy á aconsejar yo! ya te la habrás buscao ó te la buscarán de tu par igual también, ó de más categoría, porque tú te lo mereces todo y no te faltará quien te quiera y serás dichoso y no te acordarás más de esta pobre borda, y yo tampoco me acordaré de tí.

Al decir estas últimas palabras se le saltaban las lágrimas y los sollozos ahogaban su voz.

—Sarica, Sarica, el corazón te vende: no necesito que me digas si me quieres porque me lo han dicho tus ojos con más verdad que nunca, y me lo dice sobre todo el sacrificio de tu vida que estás dispuesta á hacer por mí; pero yo no puedo aceptar ese sacrificio; nosotros podemos ser felices los dos juntos.

—Piénsalo bien, Jenaro, y verás como no puede ser;—dijo con acento sentido pasándose la mano por los ojos para secarse las lágrimas.

Al llegar á este punto del diálogo, Manolico acababa de barrer un trozo de era y soplaba un airecillo fresco. El tío José exclamó dirigiéndose á Sara: —Vaya, muchachos, hay que aprovechar el viento pa ablentar la parva; desimula Jenaro.....

—Nada de eso tío José; yo también les ayudaré á ustedes para que no se me olvide el oficioy—quitándose con presteza la chaqueta agarró una horquilla.

—Pues con tan buen agostero pronto acabaremos; gracias Jenaro.

Sarica volvió á cubrirse la hermosa cabeza con el pañolito de alivio de luto, no ya para guardarse del sol que se había puesto en toda la era, sino para evitar que el tamo y el polvo ensuciasen sus rubios cabellos y asiendo otra horquilla se pusieron en fila el tío José, Jenaro y Sara en este orden y empezaron la faena, mientras el muchacho les acer-

© Biblioteca Nacional de España

caba parva con el rastro ó pasaba la escoba para retirar las granzas del montón de trigo que se iba formando.

Los tres aventadores cogían con las horcas y lanzaban á la vez contra el viento montones de parva que formaban una nube dorada sobre sus cabezas; el trigo caía como lluvia de granizo á un lado y la paja arrastrada por el viento descendía lentamente á depositarse como copos de nieve en el opuesto, donde formaba una loma.

Iban y venían los tres gentiles agosteros, el viejo, el mozo y la niña, recorriendo á lentos pasos la calle formada entre la paja y el grano, lanzando con brío á compás las horcadas de parva y envueltos constantemente en la dorada nube que esfumaba sus figuras, con los sombreros y el pañuelo echados sobre la frente para guardar del tamo los entornados ojos y sin hablar palabra porque en boca cerrada no entran pajas.

Pero los pensamientos no estaban ociosos. Ocupaban los del tio José el recuerdo de su muerta, el porvenir de su hija y más que todo el presente del grano que recolectaba. Pensaba Jenaro en los encantos de aquella hermosa compañera de trabajo que con tanta gallardía movía los esculturales brazos, aquellos brazos de leche y rosa entre los cuales tantas veces había soñado verse aprisionado y cuyas blandas caricias estaban reservadas para otro hombre que no sería él. Pensaba Sarica que aquel hermoso príncipe que en sus sueños presentía que debía desencantar el misterio de su origen, vendría tal vez demasiado tarde y que no se parecería á este otro príncipe de su corazón que se hacía labrador como ella por estar un momento á su lado; momento feliz que iba á desvanecerse como la nube de oro que los envolvía y terminado el idilio quedarían la oscura borda y el noble mancebo cada vez más lejos el uno del otro.

Y Manolico arrimando la parva y barriendo las granzas miraba de reojo á la gentil pareja y pensaba también para sus adentros.—Si yo tuviese veinte años no se casaría nadie con Sarica más que yo, ¡rediezla!

Cuando cesaba el viento descansaban los aventadores con el brazo derecho apoyado entre los dientes de la horca, formando un cuadro digno de ser pintado por artísticos pinceles. El tío José miraba al cielo como si quisiera distinguir en el espacio el rastro del cierzo, Jenaro miraba á Sara con la fijeza y el ardor de la pasión y la mirada de Sara se perdía en el vago horizonte donde se cendraba la luz del crepúsculo en la divina paz de la tarde.

Tampoco hablaban en aquel momento solemne, pero sus miradas parecían decir la del viejo:—¡Que hermoso tiempo! la del jóven:—¡Que hermosa criatura! y la de la niña:—¡Que hermoso sueño!

Cuando terminaban la faena y se disponían á volver al pueblo, todos menos el chico que se quedaba á dormir en la era para cuidar la mies, se presentó un nuevo personaje, el tío Leoncio, hermano de José, enjuto de cuerpo y de mirada viva que volvía de su era con la chaqueta al hombro. Entró y saludó socarronamente.

—Bienvenido Jenaro! ¿te has puesto de agostero con Sarica?

—Así es la verdad.

—Bien me parece.

Y dirigiéndose enseguida al montón del trigo hundió la mano, cogió un puñado, lo examinó al peso, al tacto y hasta metió las narices para olerlo y exclamó dirigiéndose á su hermano.

—Hermoso grano, ¡repuñema! ¿es de los Pradillos?

—No, de Cifuentes.

—Cómo te las arreglas ¡badajo! para coger siempre mejor trigo que yo?

—Dios lo da.

—Dios..... Dios..... también podía darnos á todos iguales.

—A tí te da más porque tienes más tierra.

—También tengo una parvada de hijos ¡remoño!

Jenaro cortó la conversación diciendo:

—De eso tampoco tiene la culpa Dios, sino la tía Celipa y usted.

Y echaron á andar hacia el pueblo: Sarica caminaba silenciosa y triste al lado de su padre y detrás Jenaro con el tio Leoncio hablando de cosas indiferentes para este relato.

(Continuará.)

JUAN BLAS Y UBIDE.

© Biblioteca Nacional de España

CANTARES BATURROS

A MI EXCELENTE AMIGO MIGUEL MINVIELLE

I

Te bañastes en el Ebro
y el agua se puso negra,
si eso sucedió en el Ebro,
¡qué hubiera sido en el Güerva!

II

Porque miro á tu ventana
que te cortejo has creído,
y es que miro á unas rastricas
que hay colgadas de churizos.

III

Quisiera ser, baturrica,
cuentica de tu rosario,
pa estar siempre haciendo el viaje
de tu boquica á tus manos.

IV

Matrimonio que se quiere
y tiene salú y dinero
y además un par de críos
¡ya puede estar sastifecho!

V

Dende Ricla á Zaragoza
me juaría yo la vida
á que hay la mesma distancia,
que de Zaragoza á Ricla.

VI

El que dice chaminera
juevada, sepolturero,
treato y esbarizón,
¡ése es baturro bien neto!

VII

No es casase una locura;
lo digo y lo sustendré,
por la sencilla razón
de que no es una, son cien.

VIII

El presidio, el manicomio,
la cárcel y el hospital,
cuatro *casas* que tenemos,
los que estamos sin un rial.

IX

Si del soto Macanaz
los arbolicos hablaran...
¡cuántas mozas al oílos
se pondrían coloradas!

X

Eres lista como el hambre
y güena como un bizcocho
y santa como una virgen
y fea como un demonio.

XI

En la proseción mañica
no te pongas junto al mosen,
pus en lugar d'ir rezando
se equivoca y t'echa flores.

EMILIO ESTER RUBIRA.

Zaragoza 17 Junio 1903.

© Biblioteca Nacional de España

ESCENA CALLEJERA

—¡Ridiez! ¡ya es hora que te se vea el pelo. Creí que t'habías muerto!

—Pus bien poquico l'ha faltaü. Hi tenido unas garrampas en las piernas que por poco la entrego.

—¿Cómo fué eso?

—No sé: el mesmo día que se fué el ray, cuando vino pa las fiestas del Pilar, me sentí un dolor en las piernas que m'hacía agarrar el cielo con las manos.

—Algún frior que cogerías.

—¡Güena retretica se trujeron las fiestas pa mí! Y á más que no isfruté nada: no hice más que trebajar á'stajo pa los foranos; quitaü una tarde que no trebajé por ir á dale un memorial al ray.....

—Otro le di yo.

—¿Qué le pedías?

—Que s'abaratara el pan y que no haiga ni probes ni ricos, si no tos igual. Mía, y por cierto que no sabría el ray quién le dió el papel, porque como habis dau tos en llamame el Seco, resultó que en vé de firmame como me llamo, me firmé *el Seco* tamién.

—¡Bah! pues eso no tié na que ver, porque si el ray quiere conocete, ya mandará por tú á tu casa.

—Ah, sí; pero es que lo de el Seco, llueve sobre mojaü, porque tampoco me acordé de poner ánde vivo.

—Pues entonces, ¿cómo t'han de proteger, si no saben quién eres ni dónde vives? Con que á mí no m'han contestaü, y eso que lo puse todo, y á más se lo hice escrebir al hijo de mi amo, que tiene nueve años y está aprendiendo en la escuela una letrica que paice de veras.

—¿Cómo de veras?

—Hombre, que paice que l'han hecho á maquina.

—¡Ah! y tú ¿que le pedías al ray?

© Biblioteca Nacional de España

—Pus verás: pedíle, no le pedía más que ocho duros y medio pa un traje; pero en cambio le decía que á ver si tenía ánimo pa devantar al país, y que no se fiara de denguno, porque hay muchos traidores, y que ya que es ahura jovencico, que por lo que pueda ocurrir que ahurre dinero; y que si le puedo servir pa algo, que ya sabe dónde me tiene.

—Y ¿de ánde sacaste tú toda esa retolica?

—De drento de mi cabeza. ¡Como que me costó estar discurriendo una noche entera sin pegar un ojo! Y total, pa no contestame. Me paice que le hacen ser muy argulloso.

—Lo mesmo me paice á mí, porque le han traído gente en demasía pa cuidalo, con muchos soldaos pa ir detrás.

—Eso, eso; y mucho señorón pa halagale y decile mentiras, y encogese pa saludalo. También mi amo dijo que no era necesario tanto sequíto.

—¡Ridiez, sequitos! ¡Si estaban todos tan gordos! Como no sea el ray.....

—No; es que mi amo llama *sequitos* á los del acompañamiento, y á los señorones les llamaba *elementos*.

—Pus si llegan á sabelo, pué que le cueste caro á tu amo.

—Bien pué ser.

. . . . . .

E. Ruiz de Velasco.

© Biblioteca Nacional de España

CUENTOS INFANTILES

El de la Reina coja

Pues, señor, ésta era una Reina coja que hacía cuanto podía para que nadie se lo conociera, pero todo el mundo sabía no solamente que era coja sino hasta de qué pie cojeaba. Ya sabía la Reina que había muchos que sospechaban su cojera y que había hasta quien lo sabía de seguro, pero tenía un genio tan malo que si algún desdichado se hubiera atrevido á decir que la Reina era coja, y eso hubiera llegado á oidos de ella, no hubiera tenido más remedio que morir de Real orden.

Una vieja muy atrevida, que tenía en poco los respetos humanos, dijo en una boda para dar una muestra de su atrevimiento:

—Yo me atrevo á decirle coja á la Reina.

—¿A la misma Reina?

—A la misma Reina en persona.

—Esa y la del candil, torcida.

—Que sí se lo digo.

—Decían.

—Antes de tres días lo vais á ver.

Hace unos hermosos ramos de flores con las más bonitas que encontró en los jardines de la Corte, va á palacio, pide una audiencia para presentar aquellos ramos á S. M. á fin de ofrecerle el que más le gustara y, cuando se vió en presencia de la Reina, dijo:

—Señora: he formado estos ramos con las flores mas hermosas que he podido encontrar en los jardines y voy á echarme por esas calles de Dios á ver si los vendo, pero antes he querido venir á ver á V. M. para tener el gusto de decirle que *es coja* y yo regalaré á V. M. el que más le agrade. V. M. es coja.

La Reina se puso á mirar detenidamente los ramos, se quedó admirada de verlos tan hermosos y le gustaban tanto todos ellos que no sabía por cuál decidirse. Mientras tanto le decía la vieja:

—Es coja V. M. Es coja, es coja. Si yo tengo mucho gusto en decírselo: V. M. es coja. ¿Cuál le agrada más á V. M.? Es coja, es coja V. M.

Y así estuvo diciéndole coja muchísimas veces hasta que S. M., sin caer en la cuenta de tan embelesada como estaba, se decidió por uno de aquellos magníficos ramos.

Z.

© Biblioteca Nacional de España

CRONICA REGIONAL

Los Juegos florales.—Las elecciones municipales en Zaragoza.

Con solemnidad extraordinaria, debida á la presencia del rey, tuvieron lugar los últimos juegos florales; la prensa diaria ha dado al público minuciosos detalles de la fiesta y de los notables discursos del mantenedor Sr. Baselga y del presidente del cuerpo de mantenedores Sr. Royo Villanova (D. Antonio).

Baselga estudió en un erudito trabajo la parte que Aragón tuvo en el florecimiento literario del siglo de oro: los últimos párrafos del discurso enderezados á poner de manifiesto las energías aragonesas son de lo más hermoso que se ha escrito en habla española; así lo entendió el público premiando la labor literaria de Baselga con entusiastas aplausos que continuaron en el banquete oficial que el Consistorio da todos los años á los poetas premiados, al mantenedor y á los representantes de las ciudades invitadas, y en el popular organizado por la REVISTA al que asistieron más de 100 comensales.

Y sin embargo ni las poesías premiadas, en general, ni los trabajos que han concurrido al certamen, aparte de las colecciones de voces aragonesas, ofrecen gran motivo de elogio; y es que los Juegos Florales, á pesar de su creciente difusión, no constituyen una necesidad de la vida intelectual moderna, sino que por el contrario representan un caso de atavismo.

Allá en los tiempos medievales, cuando no había público numeroso que gustase de las obras literarias, ni éstas podían difundirse entre los pocos que en ellas encontraban placer, se comprende que se juntasen en día señalado los poetas á cantar los temás clásicos de *Patria, Fides, Amor,* ante público congregado á este fin; el trovador era el periodista y el literato de aquella época; la vida solitaria en los feudales castillos, se animaba con la llegada del juglar quien al correr de una en otra por las señoría-

© Biblioteca Nacional de España

les moradas, traía noticias del mundo exterior á aquella sociedad aristocrática condenada á vegetar entre sus vasallos; los torneos y fiestas literarias reunían á la nobleza de una comarca y así rompíase la monotonía de su aislada existencia.

Hoy las circunstancias varían por completo: el poeta canta desde cualquier parte del globo los eternos temas de la poesía; la prensa le da á conocer, la imprenta difunde sus obras y el correo las lleva á todas partes: sin salir de casa podemos conocer la poesía rusa cual si viviéramos en San Petersburgo; el público se interesa cada vez más por las producciones literarias; los poetas influyen unos sobre otros sin conocerse personalmente ¿qué falta hace que nos reunamos en día y lugar fijados de antemano para oir sus cantos, cuando hay facilidad de cantar y de oir á todas horas?

Ninguno de los grandes poetas modernos ha salido de estos consistorios; estimulan una producción á las veces artificiosa y falsa; el que siente verdadera inspiración poética, canta cuando esa necesidad la siente, sin animarse por las ventajas de hacerlo ante un público heterogéneo de curiosos ó por la menguada recompensa de un *objeto de arte*.

A fin de acomodar estas fiestas al espíritu moderno, suelen agregarse á ellas los certámenes de trabajos científicos; sin duda juzgan los organizadores, que la producción científica es análoga á los timbres eléctricos, y así como en éstos basta oprimir con el dedo para que suene la campañilla, así en los certámenes basta con poner un tema, para que salga un trabajo científico serio y útil respecto de la cuestión propuesta. Prescindiendo de que algunos temas por su vaguedad y falta de sindéresis sean causa primaria de trabajos retóricos, fiofios y difusos (en general tal ocurre con los temas que empiezan con la frase influencia de esto sobre aquello) ¿es tan sencillo encontrar un verdadero investigador dispuesto á trabajar en el plazo dado, que no suele ser largo, sobre lo que le ocurra á quien puso el tema? así sucede que cuando en estos certámenes aparece una monografía verdaderamente meritoria, es cuando coincide con el tema la labor de alguno que ya venía trabajando en la materia, se había especializado en ella y da por consiguiente una obra aceptable; no originan pues los certámenes la producción científica, á lo más, en ciertas condiciones, la fomentan.

¿Deberemos, pues, suprimir los Juegos Florales y los certámenes adjuntos? por mi parte no veo en ello grave daño, más no soy tan radical que juzgue esta supresión como de necesidad in-

© Biblioteca Nacional de España

mediata: el reunirse á oir leer versos no me parece acción censurable; el que en este país donde es preciso estimular á que se trabaje en la labor científica y recompensar al que trabaja, se procure facilitar las investigaciones no me parece empresa digna de vituperio; sigan pues los juegos y certámenes adelante, mas modifíquense los carteles de convocatoria: en vez de fijar temas en concreto, redáctense en sentido amplio v. g. «una monografía histórica, ó literaria, ó artística, ó industrial» y así el que trabaje por propio impulso en aquello para lo que está capacitado por sus especiales condiciones, encontrará medio apropósito para dar á conocer sus trabajos; de este modo ayudaremos al que trabaja, sin crear, en muchos casos, una producción pseudo-científica falsa y sin valor á la que algunos toman como verdadera representación de nuestra vitalidad científica regional.

Creo que en el cartel de este año se siguen en parte estos derroteros: de ello me congratulo, y también de que la iniciativa formulada en la REVISTA por nuestro distinguido colaborador señor Aznar, proponiendo al Barón de Tourtoulón para mantenedor en el año próximo, haya sido aceptada por el cuerpo de mantenedores; de un cartel dedicado á D. Jaime el Conquistador era inseparable la respetable figura de su gran historiador en los actuales tiempos: así además rendiremos en la persona de Tourtoulón, un justo tributo de reconocimiento hacia esa brillante pléyade de extranjeros que se dedican á estudiar la historia de Aragón, mientras nosotros nos ocupamos en otras tareas más importantes que el cultivo de nuestra propia historia.

***

Hace dos días encontré á mi amigo D. Cándido Zaragozano, persona de edad madura, nacido en Zaragoza, de respetable posición y que de ordinario se preocupa de los negocios públicos de su ciudad.

—¿Cómo no se ha presentado V. candidato á concejal? me dijo.

—Porque no estoy afiliado á ningún partido político, le repuse.

—Precisamente ésa es la mejor recomendación que hubiera usted tenido: la gente está harta de política, los Ayuntamientos son corporaciones administrativas, no políticas, y V. por su edad, ni joven ni viejo, por su carrera, su posición independiente y su calidad de zaragozano, hubiese podido ser un buen concejal; de usted no se sospecharía que iba al municipio con fines interesados.

© Biblioteca Nacional de España

—Quizá tenga V. razón, pero le repito que no estoy afiliado á ningún partido político.

—Y dale con la política; ¿no le he dicho que la gente quiere.....

—No se moleste, le interrumpí, la gente podrá querer lo que V. guste pensar, pero el que no está afiliado á un partido político, ése puede despedirse de que nadie le vote; sí señor, continué al ver que iba á atajarme, aquí todos privadamente dicen que desean evitar la intrusión de los políticos, pero el infeliz que se lance fiado en esos deseos á recabar los votos de la masa neutra, ése se quedará como el gallo de Morón sin votos y cacareando.

Solamente los partidos políticos habituados de antiguo á la caza del voto tienen montada la máquina conveniente de agentes, muñidores, interventores y demás adminículos necesarios; vea V. los programas que lanzan al público: aparte de esas vaguedades de «regenerar la administración» de «hacer que triunfen las ideas de justicia» ó de llevar al municipio «personas idóneas y honradas» ¿ve V. que ningún partido ni candidato haya presentado un programa municipal concreto y detallado, en donde el estudio de las cuestiones de hacienda, las iniciativas y reformas beneficiosas para la población fuesen acompañados de los medios concretos necesarios para satisfacerlas? de ello no se preocupa aquí nadie, ni electores ni elegidos; eso que ilustraría al cuerpo electoral haciendo de él un conjunto de seres conscientes de sus propias necesidades y de los medios de lograrlas, y por fin daría la medida de la capacidad de los candidatos, no es preciso molestarse en hacerlo.

Aquí los que votan, lo hacen por otros fines, unos por ir contra la reacción, otros por luchar contra la impiedad, otros por obedecer á D. Fulano que le hizo ó que le hará tal favor, nadie en suma por adecuar sus actos á la naturaleza de la función que van á ejercer, y así resulta que elegimos concejales á sujetos que van al municipio á cursar el bachillerato de su carrera política, ó á convertirlo ya en cátedra, ya en púlpito, ya en academia ó ateneo, ó á la labor más práctica de conseguir avivar alguna expropiación, colocar un pariente, proteger algún amigo ó dar gusto á algún cacique que allí necesita de su voto y su palabra.

—Todo eso es cierto, ¿pero hay medio de evitar esos males? ¿Dónde está?

—Mire usted, cuando en la venta D. Quijote vió á Melisendra cautiva del rey Marsilio en el retablo de maese Pedro, por ayudar á su libertad sacó la espada, empezó á dar tajos y mandobles, vino el tinglado al suelo y hasta el mono adivino hubo de huir saltando á los tejados.

© Biblioteca Nacional de España

—Eso, eso, tajos y mandobles es lo que hacen falta.

—Sí, pero recuerde usted que los generosos esfuerzos del hidalgo manchego pararon en que después de terminada su salvadora tarea, tuvo que abonar á maese Pedro cuatro reales y medio por la cabeza de Marsilio, cinco y cuartillo por la de Carlo Magno y á este tenor por las demás figuras hasta cuarenta reales y tres cuartillos, con más dos reales por el trabajo de tomar el mono, sin que esto impidiese que Ginés de Pasamonte fuera á otra parte á armar su tinglado: D. Quijote quedó satisfecho de su obra y con el bolsillo vacío; los demás le compadecían ó se le rieron.

—De modo que el mal es irremediable?

—Sí, por ahora, mientras los que intenten empresas tales sean D. Quijotes solitarios y la masa social no les ayude.

—Pero si al cuerpo electoral se le llama.....

—O hace lo que el baturro del cuento, esto es, *no dir*, ó si vá, obedece á la sugestión del momento, sin rumbo fijo, consciente y en armonía con las funciones á que se le llama, esto es, solamente á elegir buenos administradores de los negocios de la ciudad: mire V., el censo electoral de Zaragoza consta próximamente de 20.000 electores; el año 1899 votaron unos 5.600, en 1901 sobre 5.900 y eso que entonces la Unión Nacional jaleó las elecciones; ahora con la Liga Católica, los *meetings* republicanos y los partidos monárquicos deseosos de dar una batalla política, han votado sobre 9.200, es decir que aunque estas cifras indican un aumento creciente de ciudadanos que votan, aún se han quedado en casa más de la mitad; á esos patriotas, como no se les eche el hurón, no veo por ahora medio de hacerlos salir.

En cuanto á la fijeza de criterio del cuerpo electoral, se ven casos muy raros; comparando estas elecciones con las de 1899 (y no las comparo con las de 1901 pues entonces recordará usted que se arregló una coalición en que entraron todos los partidos con la Unión Nacional, á fin de formar un ayuntamiento *de altura* y la lucha se sostuvo solo con unos cuantos disidentes no encasillados, que casi todos salieron concejales), resulta que en el distrito de San Pablo donde los republicanos han sacado ahora mayoría y minoría, ésta con más de 300 votos, en 1899 sacó el candidato federal 69 votos triunfando un castellanista y un liberal; en San Carlos donde los republicanos ahora han logrado con más de 600 votos dos concejales, en 1899 obtuvo 69 el candidato del mismo partido; en la Democracia ganaron entonces dos conservadores derrotando al republicano, y en el 2.° de las Afueras

© Biblioteca Nacional de España

casi coparon los polaviejistas obteniendo más de 600 votos; ahora han sacado los republicanos sus dos concejales por más de 700: ¿usted cree que en estos cuatro años han venido á poblar estos distritos gentes distintas de las que antes los habitaban? seguramente no, son casi los mismos; ¿se habrán convertido á las ideas republicanas? posible es, mas para cerciorarme de ello necesito que en otra elección voten corroborando sus ideas, pues al ver al cuerpo electoral que la mitad se queda en casa y la otra mitad en 1899 sigue al *general cristiano*, en 1901 apoya á la Unión Nacional, en 1903 á la república y en 1905 quizá al mismísimo moro Muza y siempre van á la urna *ojeados* por la gente política, me acuerdo sin querer del retablo de maese Pedro, veo á Ginés de Pasamonte tirando de los hilos y á D. Quijote solo, dando tajos y mandobles, para después, entre risas y burlas, pagar los daños.

—Pues láncese usted á político, afíliese á un partido.

—Hasta ahí no llego: yo podré pensar, escribir y votar lo que en conciencia estime justo, pero ir al concejo afiliado y sacado por un partido, para ser allá un voto más que obedezca las órdenes de un cacique ó de varios, y asistir á torneos de retórica huera, en vez de ir sostenido por una corriente de opinión, á defender y ejecutar un programa administrativo, no me place: en vez de cruzar mi pecho con la honrosa banda de concejal de mi ciudad, prefiero seguir departiendo con buenos amigos como usted y escribir crónicas para la REVISTA DE ARAGÓN.

—Pero ese ingreso de la masa neutra en la vida pública, esa variación en las corrientes dominantes en la gestión municipal, ¿quién nos la traerá? Usted ¿en quién fía para que se consiga?

—En todos y en nadie, en la misma realidad que se encargará de ir poco á poco despertando á las gentes y haciéndoles ver claro; han votado ahora más electores que antes, en las próximas elecciones supongo que votará el 70 por 100 del cuerpo electoral; cuando nos vayamos cansando de este desfile de municipios *políticos* y veamos la ciudad estancada, mientras los concejales peroran acerca de cuestiones ó temas de política trascendental, iremos poco á poco avivándonos y al fin caeremos en la cuenta de lo que nos conviene hacer; para estar mejor, es forzoso que antes estemos mal, son términos lógicos de todo progreso que se verifica en las sociedades.

—Pero eso durará mucho tiempo y el mal no admite espera.

—Pues el remedio pronto no lo veo; todo en el mundo va con sus pasos contados, orden y medida; ¿quiere usted comer ce-

© Biblioteca Nacional de España

rezas? espere á que venga el próximo mayo, no las logrará en febrero por más que estire las hojas del árbol ó le enderece elocuentes disertaciones.

Despidióse de mí D. Cándido Zaragozano y marchóse cabizbajo; y recordando la conversación más tarde en mi casa, pensé que para tratar de las pasadas elecciones en la REVISTA valía la pena ponerla por escrito; tú, paciente lector, dirás si con ello hice bien.

ANACLETO RODRÍGUEZ.

11 Noviembre 1903.

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOGRAFÍA

Gramática latina, por D. Guillermo Núñez y Meriel. — (Burgos, imp. de Cariñena, 1903).

No es de todos los días la publicación de una Gramática latina que, estando inspirada en las modernas teorías filológicas, se encierre no obstante dentro de una discreta reserva en el uso de las mismas adaptándolas á la mentalidad media de los alumnos del bachillerato. El señor Núñez ha sabido acertar en esa justa adecuación: sin condenar á perpetuo olvido, como hacen muchos modernistas, las doctrinas y métodos tradicionales que la experiencia acreditó de fecundos, tiene un criterio bastante abierto para sustituir lo empírico y rutinario de aquellos métodos por leyes científicas, ya definitivamente adquiridas para la filología, y que no son tan inasimilables, como algunos creen, á las inteligencias infantiles.

Demás de esto, el Sr. Núñez ha conseguido reducir al exiguo volumen de menos de 300 páginas la materia toda relativa á la morfología, sintaxis, ortografía, prosodia y métrica de la lengua latina, desenvuelta con un estilo tan claro como preciso y ceñido. Hasta incluye algunas nociones de etimología que pueden dar idea completa, aunque sobria, de la formación de las palabras, tan útil para su análisis morfológico como para su exacta traducción, y aprovechables ulteriormente en el estudio del origen de nuestro idioma. – (M. A.)

***

Manuali Hoepli.—*L' islamismo* (tomito en 8.º de VIII—496 pág.); *Letteratura araba* (t. en 8.º de XI—388 p.), del Dott. Prof. Italo Pizzi de la R. Università di Torino. Milano, 1903.

Lo que puede hacer un hombre de carácter, emprendedor, entusiasta, vivo y discreto, lo demuestra el insigne editor milanés Hoepli, cuya colección de 800 preciosos manuales acerca de todo ramo del saber, teórico y práctico, le ha hecho famoso en todo el universo. Bien se puede decir que él solo ha hecho más, por difundir la cultura, que media docena de Universidades juntas. Ha tenido arte exquisito para elegir las materias y los autores, y habilidad técnica para dar á los libros la forma más adecuada para que la ciencia se haga popular sin vulgaridades ni chabacanerías.

No desdicen de los manuales anteriores y en algún respecto puede que aventajen á muchos, los arriba enunciados: ambos se deben á la docta pluma del distinguido profesor Italo Pizzi.

En el primero, ó sea *L' islamismo*, ha realizado el Sr. Pizzi la inestimable labor de exponer en pocas páginas un resumen claro y bien ordenadito de las investigaciones más autorizadas que se han llevado á efecto por los más renombrados orientalistas, como las de A Müller, Kremer, Goldziher, Caussin de Perceval, Weil, &., aparte de sus vistas personales acerca de la historia religiosa de Oriente, en la que el Sr. Pizzi es muy entendido. En él se encontrará expuesto con verdadero método y lenguaje animado y sencillo, cuanto es preciso para comprender la materia.

© Biblioteca Nacional de España

En el segundo manual, *Letteratura araba*, ha hecho una monada: es un librito precioso.

Desde que vió la luz pública la muy estimada obra de Brockelmann *(Geschichte der arabischen Litteratur*, Weimar-Berlin, 1898-1902) reemplazando á la enorme, farragosa y aplastante de Hammer von Purgstall *(Litteraturgeschichte der Araber)*, se nota un movimiento de mayor curiosidad en el público y en los autores respecto de la literatura árabe. En Francia ha salido el compendio de Clemente Huart *(Littérature arabe)*; y la Italia, viva y espiritual, inmediatamente ha seguido con la obra del Sr. Pizzi.

Este orientalista ha tenido más arte para hacer popular la materia. El doctísimo libro de Brockelmann es de consulta para los especialistas, por sus eruditas notas biográficas, y sobre todo por el aparato bien elegido de notas bibliográficas, sin que descienda á juicios críticos, ni ofrezca ejemplos &.; es más bien catálogo razonado del material literario utilizable; es un buen guía; pero en esa forma no puede ser popular.

El Sr. Pizzi ha tenido la idea feliz de suprimir ese aparato y darle otra forma más adecuada, presentando una antología selecta y numerosa, en cuanto lo permite el tamaño que se impone en un manual, cosa parecida á la que hizo Schack, en su obra *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia* (que tradujo al español el incomparable Valera).

El señor Pizzi ha utilizado discretamente los trabajos anteriores y además se ha servido de Amari, Dozy, Nöldeke &., y se ha ayudado de sus colegas los distinguidísimos orientalistas italianos, el preclaro don Ignazio Guidi, el docto profesor Carlo Alfonso Nallino, Gabrieli, &.

En resumen, dos manuales que honran al Sr. Pizzi y á la colección Hoepli. El público seguramente sabrá responder á quien tan discreta y sabiamente le sirve.—(J. R.)

*
* *

Figuig. Notes et impressions, par Edmond Doutté. (Extracto de *La Géographie, bulletin de la Société de Géographie.*—Paris, Masson et C.ie, 1902.

Un ejemplo de previsión política en materia colonial pudieran ver y copiar nuestros estadistas en el folleto á que se refiere la nota bibliográfica precedente. Conocida es de todos el ansia, mal reprimida á las veces, con que Francia persigue su política de asimilación en el norte africano. Lejos de fiar en la ayuda de alianzas internacionales que mantengan ese *statu quo*, mentido por lo artificial, trabajan personalmente por adquirir más influencia en los países cuya anexión ambicionan, convencidos de que ante tal procedimiento se estrellarán siempre todas las artes de la diplomacia y todos los alardes de la fuerza militar.

El Figuig es un oasis marroquí lindante con el extremo sudoeste de Argelia. Esta posición estratégica preocupaba hondamente á los franceses, desde hace algún tiempo. Añadíase á este motivo la circunstancia de que los dos únicos europeos que habían visitado el Fignig antes de 1902, eran alemanes: Rohlfs y Schaudt. Las informaciones debidas á franceses, como el capitán de Castries, La Martinière y Lacroix, procedían sólo de datos orales que, aunque fidedignos, distan siempre mucho de los que arroja la inspección ocular y la convivencia con el medio observado. Hacía falta alguien que se aventurase á emprender tal revisión. Francia, cuya fecunda vida se revela en la abundancia de hombres aptos para todas las empresas, envió oficiosamente á uno de los más prestigiosos maestros de su escuela de Argel, Edmundo Doutté, á quien no falta ni el conocimiento profundo de la lengua ni, lo que es más raro, el temperamento de observador y de sociólogo. Aprovechan-

© Biblioteca Nacional de España

do las facilidades obtenidas del gobierno marroquí por el protocolo de 20 de julio de 1901, realizó su exploración en el mismo mes, y un año más tarde ha dado á luz el fruto de sus observaciones.

Es un trabajo de proporciones exiguas pero de substancioso contenido. En solas veinte y cinco páginas hace pasar ante los ojos del lector el cuadro real y vivo de aquel oasis africano. La descripción minuciosa del suelo parece hecha por un técnico en achaques militares. La preocupación estratégica domina é inspira todo el estudio. A las veces diríase que el explorador posee las dotes del vidente. Al describir, por ejemplo, el collado que dá paso al oasis, entre las montañas Zenaga y Tagla, hace notar que los 200 pasos de anchura que mide, están invadidos completamente por las palmeras, apretadas en grupos de cuatro y aun de diez pies, formando inextricable manigua que «hace fácil la defensa para los indígenas y se presta á los atentados». Unos meses después de escrito este previsor juicio, el telégrafo anunciaba el ataque de los marroquíes del Figuig contra la escolta del gobernador de Argelia al atravesar el collado de Zenaga.

Al estudio topográfico sigue la investigación etnográfica. Las diferentes tribus que pueblan el territorio están cuidadosamente analizadas en sus complejas ramificaciones, sin olvidar las procedencias de cada una, los motivos de sus rivalidades mutuas y los lazos más ó menos estrechos que las unen. Todo con la mira del provecho que de ellas pueda sacarse cuando la ocasión lo reclame. Los elementos de razas inferiores *(hartanies, esclavos, judíos)* y las castas dotadas de privilegios religiosos *(xerifes* y *morabitos)* están señaladas escrupulosamente con el mismo indudable fin; á veces llega este esmero hasta fijar el número de familias con que cuenta cada elemento en los distintos poblados.

No terminaríamos si nuestro análisis se hubiera de extender á todos los útiles pormenores de esta monografía. En ella se estudian cuidadosamente todos los recursos materiales y de orden político que cabe utilizar para futuras y casi presentes contingencias: la administración pública, la alimentación, el vestido y los adornos, las diversiones, las ceremonias propias del nacimiento, matrimonio y muerte, las supersticiones y las fiestas, supervivencias de cultos y civilizaciones anteislámicas, la división de la propiedad y sistema de riegos, la habitación, la rudimentaria industria, el comercio y la moneda, la lengua, etc. etc. El Sr. Doutté no ha olvidado uno de los más característicos rasgos de la vida marroquí: las cofradías religiosas. Como al estudiar las tribus que pueblan el Figuig, también aquí lleva su análisis hasta el desmenuzamiento. El número de cofrades que cada hermandad cuenta está consignado en curiosa estadística de la cual podrá sacar partido la diplomacia francesa en su día, pues el resorte religioso es uno de los más seguros para mover sin peligros el difícil organismo político del Magreb.

Exactamente igual que Francia hacemos nosotros, pudiera decirse para terminar esta nota, si la ironía en tan graves asuntos no pareciese antipatriótico sarcasmo. ¡Y pensar que el Figuig es tan español, que sus habitantes cuentan por duros, pesetas y reales para sus cuotidianas transacciones! – (M. A.)

***

Guía de Zaragoza y de la región aragonesa, *año* 1904, por D. Ricardo Fortún Sofí. Zaragoza. Imprenta del Hospicio, 1904.

Esta utilísima publicación entra en el año XIX de su vida; esto indica su arraigo debido á la multitud de interesantes datos que consigna, pues el Sr. Fortún, con celo laudable la va perfeccionando y

© Biblioteca Nacional de España

ensanchando más cada año; en el presente trae además de los datos referentes á la región aragonesa una guía oficial de Madrid, bastante completa. (E. I.)

***

Mi peregrinación á Roma, por La Infanta Doña Paz. Herder, Friburgo de Brisgovia, 1903.

En un folleto elegante y lujosamente impreso, ilustrado con una fototipia del pontífice León XIII y ocho grabados muy lindos de los principales monumentos de Roma, la infanta D.ª Paz ha narrado con brevedad y sencillez encantadora, las inocentes peripecias de su rápido viaje á la Ciudad Santa, y las impresiones de un alma, como la suya, de tan delicado sentir.

Lo que á primera vista se nota es que la manera de expresarse en español apenas denuncia su larga permanencia en país alemán. La lectura del folleto, que contiene algunas páginas íntimas, produce afectos de simpatía y cariño hacia la autora. Escribe ésta muy bien; mucho mejor en prosa que en verso.

No hay que decir cuánto agradecemos el honor de haberse acordado de nosotros, haciéndonos el fino obsequio de enviarnos un ejemplar precioso de opúsculo tan bien editado y escrito.—(J. R.)

***

Ateneo científico de Madrid.—Escuela de Estudios superiores.—Curso de 1902 á 1903.—Memoria de Secretaría.—Programas. Madrid, 1903.

El secretario del Ateneo de Madrid D. Mariano Miguel de Val, distinguido abogado y periodista, ha tenido la atención de enviarnos un ejemplar de la memoria anual que dicho centro dirige al Sr. Ministro de Instrucción Pública, dándole cuenta de los cursos de conferencias que durante el año último se explicaron en tan docta sociedad; el secretario saliéndose del molde ordinario de esta clase de trabajos, con frase limpia y castiza presenta un completo resumen de las interesantes materias explicadas. (E. I.)

***

Portugalia.—Materiaes, para o estudio do povo portuguez. 1903.

Lujosamente editada y con profusión de magníficos grabados hemos recibido un ejemplar de esta publicación, que dirige en el vecino reino D. Ricardo Severo.

Comprende el tomo variedad de monografías, referentes casi todas á la arqueología prehistórica de Portugal, materia de la que hay muchos y buenos trabajadores allí, como lo patentizan los excelentes estudios de que nos ocupamos y la constante labor en el mismo sentido de la revista *O Archeologo Portuguez*.

Agradecemos el envío cariñosamente. (E. I.)

© Biblioteca Nacional de España

LIBROS Ó FOLLETOS RECIBIDOS

DE QUE SE DARÁ CUENTA

Une complainte arabe sur Mohammed et le Chameau, par RENÉ BASSET. Florence, 1902.

Rapport sur les études berbères et Haoussa (1897-1902) par RENÉ BASSET París, 1902.

Mission dans la région de Tiharet et le Sersou, par RENÉ BASSET. (Extracto de «Nouvelles et Mélanges»).

Crónica general de 1404. Noticia por RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL. (Extracto de la «Revista de Archivos, etc.) Madrid, 1903.

Sobre las hipótesis que sirven de fundamento á la mecánica racional, por JOSÉ RUIZ-CASTIZO (Discurso leído en la apertura del curso de la Universidad de Zaragoza). Zaragoza, 1903).

Tria opuscula auctore ABU OTHMAN AMR IBN BAHR AL-DJAHIZ BASRENSI, quœ edidit. G. VAN VLOTEN. (Opus posthumum). Leyden, 1903.

Notas al castellano en la Argentina, por R. MONNER SANS. Buenos Aires, 1903.

Arte grande de la lengua castellana. compuesto en 1626 por GONZALO CORREAS, publícalo por primera vez EL CONDE DE LA VIÑAZA. Madrid 1903.

La educación. Evolución de la educación, por CARLOS OCTAVIO BUNGE. 3.ª edición. Madrid, 1903.

Las colonias españolas y los Estados Unidos, por A. O. Folleto de 42 páginas. Zaragoza, 1903.

La Rabalera, novela de costumbres aragonesas, por MARIANO URBANO LANASPA. Zaragoza. Tip. de Sevilla, 1903.

Estudio sobre los satíricos latinos, por GERMÁN SALINAS.

Contes populaires d'Afrique, par RENÉ BASSET. París,

Importancia social y política de la Medicina (discurso leído en la Universidad central en la inauguración del curso), por D. AMALIO GIMENO Y CABAÑAS. Madrid, 1903.

Historia del derecho español (Cuestiones preliminares), por RAFAEL ALTAMIRA. Madrid, 1903.

Elementos de Derecho natural, por D. LUIS MENDIZÁBAL Y MARTÍN. Tomo I. *Principios de moral. Teoría general del Derecho*. Zaragoza, 1903.

La Djâzya, *chanson arabe, précédée d'observations sur quelques légendes arabes et sur la geste des Beni-Hilâl*, par ALFRED BEL. París, 1903,

Les Benou Ghânya, *derniers représentants de l'empire almoravide et leur lutte contre l'empire almohade*, par ALFRED BEL. París, 1903.

M. Escar, Tipógrafo.—San Miguel, 12. Zaragoza.

© Biblioteca Nacional de España

La Revista de Aragon en 1904

Incesantemente favorecidos por valiosa colaboración y por la creciente ayuda del público, única base en que nuestra Revista se apoya, pues ni recibe ni solicita, á fin de conservar su absoluta independencia de juicio, apoyo ni subvenciones de ninguna clase, hemos cumplido con exceso lo que prometimos á fin del pasado año.

Dos tomos de más de 350 páginas dijimos que compondrían la Revista, y dos tomos, de 580 páginas el primero, y de 440 el segundo, en junto más de 1.000 páginas, hemos publicado: no parece oportuno que elogiemos la bondad de los trabajos que contienen, aunque sí debemos dar públicamente las gracias por ellos á nuestros prestigiosos colaboradores, cuyos nombres constan en los índices de los tomos publicados.

En el año próximo la Revista continuará sin decaer en el camino emprendido ni alterar su precio actual, ó sean 10 pesetas al año en toda España y 15 en el extranjero: formará asímismo dos tomos de más de 1.000 páginas en conjunto; en vez de ser semestrales serán anuales, comprensivos uno de los trabajos publicados en las secciones y otro de los que contenga la sección general; á este objeto, en los fascículos mensuales, habrá paginación distinta para que á fin de año se puedan encuadernar separadamente ambos tomos.

Seguiremos publicando aquellos grabados que exija la mejor inteligencia de los artículos que se inserten y llevará en el próximo año la Revista una hermosa portada, obra del distinguido artista oscense D. Félix de la Fuente, quien goza ya de justo renombre en la pintura de ornamentación.

En la Sección de Arte verán la luz trabajos de los señores Baselga, acerca de *Lo cursi*, del Sr. Valenzuela y de otros artistas; en la de Filosofía, aparecerán originales del excelentísimo Sr. Obispo de Orihuela, del P. Arnaiz y del Sr. González

© Biblioteca Nacional de España

Carreño, del Sr. Asín, catedrático de la Universidad Central, etcétera; dentro de esta sección comenzará á publicarse otra de *Pedagogía*, en la que se expondrán doctrinas pedagógicas, que seguramente por su originalidad y sentido radical en materia de enseñanza llamarán poderosamente la atención de nuestros lectores.

La Sección de Historia iniciará en su primer número una labor de síntesis histórica referente á la Historia de España, donde se intentará empezar el balance del estado actual de nuestros estudios históricos, por especialistas de nombradía; dará á luz además notables documentos inéditos, entre ellos el texto de las primeras Cortes aragonesas. Dentro así mismo de esta sección, habrá otra de Filología, redactada principalmente por los Sres. Menéndez Pidal, catedrático de la Universidad Central, y D. Julio Cejador, filólogo zaragozano de renombre europeo.

En la Sección general seguirán apareciendo los *Recuerdos de mi vida* del insigne Ramón y Cajal; perentorias ocupaciones científicas le han impedido seguirlas redactando en estos últimos meses, mas en carta reciente nos dice el eminente histólogo que desde el mes de Febrero podrá continuarlas.

Saldrá sin interrupción la preciosa novela del Sr. Blas y Ubide, *Sarica la borda;* á fin de que los nuevos suscritores puedan leerla desde su principio, hemos dispuesto que se tirasen aparte los pliegos publicados este año y se enviarán gratis á los que se suscriban para el próximo: terminada esta novela, verán la luz á continuación otras de reputados autores; en la Sección general, que procuraremos sea lo más amena posible, aparecerán originales de acreditadas firmas.

Y nada más: la mejor garantía del cumplimiento de nuestras promesas es la labor realizada en los pasados años; hemos conseguido arraigar en Aragón una *Revista* que lleve su nombre junto con el de España fuera de las fronteras nacionales y sea elogiada por reputadas publicaciones extrangeras: adelante pues y cumplamos con la obligación de engrandecer el nombre de nuestra pátria con nuestro trabajo.

A todos, colaboradores, suscritores y compañeros en la prensa, saludan cariñosamente y les desean feliz entrada de año

Los directores de la Revista de Aragón.

© Biblioteca Nacional de España